



Madre de la familia



Índice

Este número	3
Retiro	5
Formación	13
Comunicación	22
Vida salesiana	28
Pastoral Juvenil	33
La Solana	45
Familia	51
Lectio divina	64
El Anaquel	72
La levedad de los días	77

Revista fundada en 2000

Tercera época

Dirección: Mateo González

✓ forum@salesianos.es

Jefe de redacción: José Luis Guzón

Equipo asesor: Juan José Bartolomé, Segundo Cousido, Carlos Rey, Jesús Rojano, Óscar Bartolomé, Samuel Segura, Xulio César Iglesias e Isidro Lozano.

Depósito Legal: LE 1436-2002

ISSN: 1695-3681

🎯 Este número



El 24 de abril pone en marcha la cuenta atrás hacia el comienzo del mes de mayo y la fiesta de María Auxiliadora. La formación, como forma de respuesta a nuestra vocación, es sin duda un elemento que estimula nuestra preparación y disposición interior a esta fiesta. A esto puedo contribuir, un mes más, nuestro sencillo subsidio formativo.

Y lo hacemos acentuando los contenidos formativos sobre la familia, siguiendo el Aguinaldo que el Rector Mayor ha propuesto a toda la familia salesiana en este año. Así la sección dedicada a la “**Familia**” parte de la variedad de retos, problemas y desafíos a los que se enfrenta hoy la situación del matrimonio y la familia. Una realidad que es tan amplia, diversa y compleja, y la coyuntura histórica parece ser tan irreversible, que se hace difícil liderar una acción evangelizadora adecuada y eficaz, capaz de hacer frente a esta situación. Se impone, por tanto, un esfuerzo no solo aplicativo y pastoral, es decir, en el orden de la acción, sino también teológico y doctrinal, es decir, que vaya al fundamento y a las causas de los problemas. Urge, por tanto, recuperar el método teológico-pastoral que san Juan Pablo II desarrolló en sus Catequesis sobre Teología del cuerpo, con ocasión del anterior Sínodo de la familia, celebrado en el año 1981. El artículo de la teóloga Carmen

Álvarez Alonso intenta abordar esos numerosos retos y desafíos, no abordando directamente los síntomas o la casuística sino intentando ir a las raíces más profundas de todos ellos. La autora se detiene a considerar brevemente cinco temas radicales que están en el origen de muchos de esos problemas, retos y desafíos.

También la sección de “**Pastoral juvenil**”, tiene este mes una fuerte vinculación a la pastoral familiar, ofrecemos un documento sobre el acompañamiento de parejas jóvenes durante el noviazgo.

Familiar es esta vez el “**Anaquel**”, donde recogemos algunos textos de diversos tipos. El titular del artículo que traemos este mes nos invita a reflexionar: “La paternidad y la maternidad superan lo biológico”.

En la sección de “**Formación**” el teólogo Diego M. Molina afronta una de las cuestiones surgidas en las últimas décadas, la de la participación de la mujer en los órganos de decisión eclesiales. A partir de la corresponsabilidad de todos los bautizados que proclamó el Vaticano II se han abierto espacios eclesiales de poder en los que la mujer puede estar presente. Su acceso a dichos órganos debería ayudar para que el poder en la Iglesia se configurase más como servicio, a partir de la aportación específica que la mujer puede realizar en la comunidad eclesial.

Por su parte, en la sección de “**Comunicación**” se ofrece la segunda parte de la reflexión que nuestra congregación ha hecho sobre los desafíos y retos que nos lanza la comunicación social.

El “**Retiro**” que se ofrece en este número, la delegación de formación, nos propone rescatar algunos de los elementos de la Pascua como elemento de reflexión. Un mes más os ofrecemos también las reflexiones de “**Vida salesiana**” de Carlos Rey y las anotaciones cotidianas de Isidro Lozano en la “**Levedad de los días**”. De tono experiencial es en esta ocasión la sección de “**La solana**” que recoge una serie de testimonios de vida consagrada y envejecimiento.

La nueva “**Lectio Divina**”, dentro del ciclo dedicado a Jesús como maestro de oración, recoge la invitación a orar siempre, sin desfallecer que Cristo hace a los suyos.

Dejarse encontrar por el resucitado

Darío Mollá, SJ, Samuel Segura, SDB

1.- Motivación general

La Palabra de Dios que en este tiempo pascual nos ofrece la Iglesia en la Eucaristía viene protagonizada, en sus primeras semanas, por la iniciativa de Cristo resucitado en sus apariciones a los discípulos. Y por otro lado, por esos primeros discípulos dando testimonio del resucitado al pueblo.

Tras la dura experiencia de la cruz, y la incertidumbre que crea encontrar el sepulcro vacío al tercer día, las dudas y miedos de los apóstoles se acrecientan aún más. Son esos mismos apóstoles que siguieron a Jesús tras su llamada en las orillas del lago de Genesaret, a que le acompañaron en la predicación del Reino con palabras y obras milagrosas por todas las poblaciones de la Galilea. Son los mismos que hicieron con Jesús el camino a Jerusalén, que presenciaron la oposición al Maestro por parte de las autoridades judías,... y que huyeron cuando éste fue apresado. Los mismos que solo de lejos fueron capaces de contemplar la crucifixión, y que ahora están atemorizados, escondidos, pensando que todo terminó y planteándose volver cada uno a su casa.

Será el propio Resucitado el que, por su cuenta, *se hará ver* de sus discípulos para convencerles de que está vivo, y que la historia no ha terminado sino que comienza de nuevo, con el anuncio de su resurrección. Será el Resucitado el que tendrá que recuperar de nuevo la confianza de los suyos, rompiendo sus miedos y sentimientos de culpabilidad. Los apóstoles tienen motivos para desconfiar y sentirse culpables: uno le ha traicionado, otro le ha negado, todos menos el discípulo amado le han abandonado en los momentos más críticos; todos le han visto morir en medio de horribles tormentos en la cruz. Por eso se encuentran escondidos para protegerse del peligro exterior, y juntos para compartir miedos e inseguridades, ensimismados en sus sentimientos.

Cristo resucitado tendrá que volver a ganárselos como discípulos suyos, como testigos de su resurrección. Tendrá que convencerles de que todo comienza ahora. En todos los relatos evangélicos de apariciones, siempre es el Resucitado el que se presenta delante de sus discípulos o el grupo de los apóstoles, ante su sorpresa. Les

desea la paz, les pide que no tengan miedo, les da pruebas de que está vivo... y les envía ser sus testigos. Y les dice: “Id a Galilea: allí me veréis”.

Aquella Galilea que fue el escenario de la primera llamada, de la primera misión entre *las ovejas descarriadas de Israel*, es ahora el mismo escenario de la presencia del resucitado entre esos mismos discípulos. Ahora ellos son objeto de una nueva llamada a recobrar la confianza en él y a “*apacentar sus ovejas*” (Jn 21, 15-17). Y a ser sus testigos, ya no solo por Galilea, sino por todo el mundo (Mt 28, 19-20; Mc 16, 15; Lc 24, 46-47; Jn 20, 21; Hch 1, 8).

A nosotros también nos puede suceder que a lo largo transcurso de nuestra vida religiosa, con sus acontecimientos y contratiempos, se nos pueda acumular cierta desconfianza y sentido de culpabilidad en nuestra condición de discípulos del Señor y testigos suyos. Puede que de alguna manera seamos más discípulos del crucificado que del Resucitado, sin llegar a reconocerlos como la misma persona. Que nuestros miedos e inercias nos pidan más recrearnos en un sepulcro vacío que en un Señor vivo que hace camino con nosotros reprochándonos nuestra incredulidad. Y que necesitemos una vez más que el Señor resucitado rompa nuestras inercias, nos convenza de nuevo que sigue vivo y que sigue contando con nosotros para ser testigo de su resurrección. Que necesitamos encontrarnos de forma renovada con Él en esa *Galilea de la primera llamada*, del primer entusiasmo vocacional. Y allí, alimentar de nuevo la llamada a seguir siendo sus testigos, a seguir siendo y dando Vida.

En este sencillo tema de Retiro, se nos invita a reflexionar sobre estas realidades descritas, sintiéndonos destinatarios de algunas de esas apariciones del Resucitado. Y desde ellas, renovar nuestra experiencia de encuentro con Dios en Cristo. Y desde ahí, nuestra entrega apostólica a la causa del Reino entre los jóvenes. A salir de la comodidad autojustificativa de nuestros miedos. A romper nuestras dinámicas de huida de la realidad, de ensimismamiento en nuestras oscuridades. A abrirnos a la luz de la resurrección que entra a raudales por las ventanas de nuestra alma, y deslumbra nuestros ojos con la urgencia de la misión salvadora *por todo el mundo*.

2.- Los encuentros con el Resucitado

Estamos invitados a recorrer algunos pasajes evangélicos de Lucas y Juan que presentan apariciones del Señor resucitado. En todos ellos, la iniciativa parte del Resucitado, que quiere volver a recuperar, a ganarse para la causa del Reino, a todos los que le conocieron y siguieron: la Magdalena, los de Emaús, Pedro, el grupo de los discípulos. Es siempre el Señor quien quiere convencernos de que sigue contando con nosotros. Quiere romper nuestras inseguridades y miedos, nuestras perezas y rutinas, nuestras búsquedas equivocadas de su presencia y su voluntad.

2.1.- De Lc 24, 13-35:

“Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió»”.

Todos sabemos cómo termina el episodio. Pero queremos fijarnos en la última expresión que recoge el texto: *“Nosotros esperábamos... pero...”*. Los discípulos de Emaús no reconocen al Resucitado caminando a su lado, porque lo que ha sucedido (la muerte en cruz del supuesto Mesías) no responde a sus expectativas: *“Nosotros esperábamos que las cosas fueran de otro modo...”* Ellos esperaban el Mesías triunfador y glorioso del que hablaba su religión, y sus ojos están cerrados a reconocer que el triunfo de la vida pasa por el anonadamiento y la muerte.

Hoy es muy complicado anunciar el mensaje de la cruz, del sufrimiento, el dolor y la propia abnegación, como camino de felicidad y de vida. Vivimos en la sociedad del bienestar y la comodidad. Nosotros también, aún dentro de la vida religiosa, participamos, aunque sea inconscientemente, de esta ideología y esta práctica vital. Nos cuesta aceptar la experiencia del sufrimiento, el dolor y el fracaso personal como cauces de una vida nueva, como semillas de resurrección. Llevamos mal las incomodidades e incomprensiones, y no queremos usar las gafas de la fe para leer los *renglones torcidos con que Dios escribe derecho* en nuestra vida, en la de nuestras comunidades, en la vida de los jóvenes y familias de nuestra obra.

La dinámica de todo un Dios que *se hace uno de nosotros y se rebaja hasta someterse incluso a la muerte, y muerte de cruz* (Cfr. Flp 2, 7-8), la aceptamos mentalmente con facilidad, pero no en sus consecuencias ordinarias. Y en la práctica, cuando llegan esas experiencias variadas de cruz, al igual que los de Emaús, comentamos: *“Vaya, nosotros pensábamos que las cosas iban a ser de otro modo...”*

<p>¿En qué medida no seguimos los caminos de Dios, sino nuestros caminos? ¿En qué medida leemos desde la fe en el Resucitado los contratiempos, sufrimientos, incomprensiones,... que acontecen en nuestra vida? ¿Seguimos la lógica del <i>“nosotros esperábamos que...”</i>?</p>
--

2.2.- De Lc 24, 36-48:

“Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos y les dice: «Paz a vosotros». Pero ellos, aterrorizados y llenos de miedo, creían ver un espíritu. Y él les dijo: «¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo». Dicho esto, les mostró las manos y los pies. Pero como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijo: «¿Tenéis ahí algo de comer?». Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos”.

Jesús resucitado se aparece a sus apóstoles, que estaban llenos de miedo, con las puertas y ventanas cerradas. El Resucitado se empeña en traspasar esas puertas, ventanas y paredes, para hacerse presente en medio de ellos. Y aun así, tienen miedo, no le reconocen... o no quieren terminar de creérselo. Jesús tiene que emplearse a fondo para vencer sus resistencias: enseñar las señales de las heridas en manos y pies, dejar que le toquen para comprobar que es alguien de carne y hueso, y no un fantasma bajo una sábana... ¡incluso comer delante de ellos un trozo de pescado! ¿Qué más puede hacer para que realmente le vean y crean vivo y resucitado?

También nosotros solemos estar ensimismados en nosotros mismos, en nuestros miedos y problemas: lo que nos pasa, lo que nos duele, lo que sentimos... Nos parece que lo que nos sucede es lo más grave que existe, que bastante tenemos con lo que nos pasa. Y no miramos a nuestro alrededor, a nuestros hermanos, al mundo que nos rodea. No nos abrimos a la presencia de Dios en ellos, en nuestro entorno. Quizá solo tenemos ojos para nosotros mismos, nuestros proyectos, objetivos, maneras de ver o de hacer las cosas... o nuestras enfermedades y limitaciones. Quizá nuestra propia oración es cavilación sobre lo que tenemos entre manos y nos preocupa,... ¡y no dejamos que el Señor nos alce la vista, nos deje tocar su humanidad resucitada, nos pida compartir nuestra mesa!

El miedo y el ensimismamiento en el propio yo no deja puertas ni ventanas abiertas a Dios. O quizá este miedo sea la excusa de la comodidad en la que vivimos, muy ocupados y preocupados en nuestras pequeñas necesidades, como si los problemas del mundo se redujeran a nuestro entorno más cercano. Quizá esa comodidad en la que vivimos, *muy ocupados en no hacer nada*, es la que nos provoca el miedo a que Dios invada nuestra vida, a que Jesús resucitado rompa nuestras inseguridades, y nos pida algo más.

Nuestros miedos, rutinas, ensimismamientos,... ¿nos cierran a la novedad de lo que el Señor resucitado nos pueda pedir? ¿Cómo es nuestra oración personal? ¿Damos

vueltas a nuestro pequeño mundo de necesidades, o miramos al Señor, que se nos muestra vivo, resucitado, compartiendo nuestra mesa e invitándonos a salir de nosotros mismos?

2.3.- De Jn 20, 11-18:

“Estaba María fuera, junto al sepulcro, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús. Ellos le preguntan: «Mujer, ¿por qué lloras?». Ella les contesta: «Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto». Dicho esto, se vuelve y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dice: «Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?». Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta: «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré». Jesús le dice: «¡María!». Ella se vuelve y le dice: «¡Rabboni!», que significa: «¡Maestro!». Jesús le dice: «No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero, anda, ve a mis hermanos y diles: "Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro"». María la Magdalena fue y anunció a los discípulos: «He visto al Señor y ha dicho esto»”.

La Magdalena no encuentra a Jesús, porque está encerrada en el pasado. Busca a Jesús muerto en la cruz, busca el cadáver de Jesús allí donde le dejaron unos días antes. Responde a la pregunta de los ángeles con una inquietud: *“Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto”*. Y encuentra de los ángeles, por toda respuesta, por toda explicación... el silencio. La respuesta no está en el sepulcro vacío, no está en la mirada atrás, no está en el viernes santo. Se tendrá que volver y ver a Jesús, al que solo reconocerá como el Señor resucitado cuando éste la llame por su nombre.

El Resucitado no se deja atar a ninguna circunstancia, tiempo o lugar. Dios no se ata en nuestra vida a ninguna de nuestras circunstancias pasadas, por muy gloriosas que sean. Dios no se deja encontrar necesariamente allí donde antes lo encontrábamos, y donde solo hay ahora un cadáver... o un sepulcro vacío. O nos volvemos, como María, o no le reconoceremos. O dejamos de preguntarnos una y otra vez dónde está ese Señor que un día vimos vivo y después sepultado... o no lo descubriremos.

Quizá con demasiada frecuencia solemos evocar episodios y acontecimientos de nuestra vida salesiana pasada. Muchas veces lo hacemos porque se trata de anécdotas curiosas, que crean buen ambiente. Otras veces con cierta nostalgia de lo que fuimos e hicimos, y de lo que ahora ya no somos o hacemos. Mirando ese sepulcro vacío sin encontrar respuesta de por qué sentimos nostalgia de *cualquier tiempo pasado*. Pocas veces quizá descubriendo y agradeciendo la acción del Señor por nuestro medio.

¿Vives anclado en el pasado, buscando a Dios donde no está? ¿Has renunciado a seguir buscando a Dios donde él, resucitado, te espera y te vuelve a llamar? Intenta,

en clima de oración, sentir de nuevo al Señor resucitado que, como en el día de tu primera profesión religiosa, *te llamó por tu nombre*, y tú le descubriste y respondiste con la entrega de tu vida.

2.4.- De Jn 20, 19-30:

“Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor». Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo». A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: «Paz a vosotros». Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente». Contestó Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!». Jesús le dijo: «¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que crean sin haber visto»”.

Una semana antes, los discípulos han recibido la visita del Señor resucitado y le han reconocido vivo. Ellos dan testimonio de ello a Tomás, que en ese momento no estaba presente. Pero este no reconoce a partir del testimonio de ellos que el Señor esté vivo. Se fía más de su lógica, la así llamada *lógica de los hechos*, que de la experiencia vivida y vívida de sus compañeros. Tomás no encuentra al Resucitado porque no se fía de sus hermanos: *“¿Qué película me contáis? Yo le he visto muerto y bien muerto”*. Es *el más listo de la clase*, nadie le va a enseñar o hacer descubrir nada. Le asiste la razón, los datos de realidad, para no dar su brazo a torcer. Será el Resucitado quien tenga que imponérsele casi por la fuerza.

Quizá Tomás, como también nosotros a veces, buscaba *a un dios que no existe*. A un dios razonable, un dios a la medida de nuestras posibilidades y entendederas. Un dios que se ajuste a la medida de nuestras fuerzas. Quizá nos fiamos más de nuestras propias fuerzas que de la fuerza del Resucitado en nuestra vida. Pensamos que lograr las metas que nos proponemos, tanto personal como institucionalmente, depende de nuestro esfuerzo, de nuestro voluntarismo. Por eso, no podemos dejar nada a la improvisación, no admitimos de hecho la presencia del Dios Providente en nuestra vida. Y es que no podemos arriesgar. Tenemos que tener, como Tomás, las cosas claras, los cabos bien atados, *poder meter el dedo en la llaga y la mano en el costado*, para tener la garantía de que todo saldrá bien. Y no nos abrimos a la sorpresa de la presencia de Dios en nuestra vida, no nos abrimos a la bienaventuranza de la fe, del creer sin ver, del admitir el testimonio de nuestros hermanos.

¿En qué medida predomina en nuestra vida el voluntarismo prometeico de querer hacer todo en la medida de nuestras fuerzas? ¿En qué medida, personal e

institucionalmente, reducimos la misión educativo-pastoral a pura programación y realización de actividades? ¿Dejamos hueco a la fe en la presencia del Resucitado?

2.5.- De Jn 21, 1-17:

“Después de esto, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, apodado el Mellizo; Natanael, el de Caná de Galilea; los Zebedeos y otros dos discípulos suyos (...) Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?». Él le contestó: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis corderos». Por segunda vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Él le contesta: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Él le dice: «Pastorea mis ovejas». Por tercera vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?». Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez: «¿Me quieres?» y le contestó: «Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis ovejas»”.

En el evangelio de Juan, Jesús resucitado se había aparecido a María Magdalena, quien dio testimonio a los discípulos. Después al grupo de discípulos sin Tomás; y luego una semana después con Tomás. Aún con todo, al comienzo del capítulo 21, encontramos a los discípulos juntos, pero en su ambiente natural anterior a haber conocido a Jesús: a las orillas del lago de Genesaret, recuperando la barca y las redes que habían abandonado cuando Jesús, un tiempo atrás, les propuso *ser pescadores de hombres* (Cfr. Mc 1, 16-18).

Es Pedro el que parece haber olvidado haber visto vivo a Jesús, y por eso invita a sus compañeros a volver al oficio de la pesca, ignorando la Pascua. Y ahí es cuando sucede la *tercera aparición* del Resucitado, con esa *pesca milagrosa* con la que también inició su llamada a esos mismos discípulos (Cfr. Lc 5, 1-11). Es Pedro el que, tras reconocer a Jesús resucitado de nuevo, se llena de sorpresa y alegría y se tira al agua para ir a recibirlo a la orilla del lago.

Ese entusiasmo inicial de Pedro se va poco a poco apagando, al mismo tiempo que las brasas en las que el Resucitado ha preparado un poco de pescado asado a sus antiguos discípulos, ahora recuperados. Aunque no quiere, Pedro no puede dejar de acordarse de que ha traicionado a Jesús negándole tres veces, y que no va a ser digno de su amistad en adelante, que ya no hay vuelta atrás. Está obsesionado por su culpa: *“¿Cómo pude hacer lo que hice aquella noche? Le negué tres veces. Es imposible que pueda volver a perdonarme...”* Es Jesús el que por tres veces, tiene que sacarle de ese círculo cómodo y vicioso. Le invita a recobrar su amistad, a dejar de lamentarse... ¡y a asumir la tarea!: *“Ya vale, Pedro, deja de compadecerte a ti mismo, déjate querer... y déjate enviar: ¡apacienta mis ovejas!”*.

Puede que nos resulte más fácil y cómodo vivir en la autocompasión, en el reconocimiento de nuestros límites, en la situación de los “Yoyas” (“Yo ya no puedo, no sé; yo ya he hecho mucho, yo ya no quiero responsabilizarme más,...”) como excusa para no comprometernos. En esta situación, el Señor nos sigue solicitando su amistad, nos sigue pidiendo poder contar con nosotros, nos sigue repitiendo si le seguimos queriendo. Y a nosotros, como a Pedro, nos sobreviene la tristeza (*se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez...*).

Reconocer nuestras limitaciones es un signo de humildad, pero con facilidad puede convertirse en autoculpabilización que deriva en autocomplacencia y justificación de nuestra falta de compromiso. Así, intentamos rehuir el diálogo de amistad con el Señor, porque sabemos que estando cerca de Él, poniéndonos a tiro, va a pedirnos nuestro amor de forma especial y exclusiva (“¿Me amas más que estos...?”), y en el mismo paquete por el mismo precio, nuestro compromiso (“Cuida de mis ovejas”).

¿En qué medida mis limitaciones personales (edad, salud, carácter, circunstancias pasadas sufridas,...) son una excusa para rehuir alimentar la amistad con el Señor, el diálogo sincero con Él y la búsqueda de su voluntad y de la nueva tarea que me encomienda?

3.- Para la reflexión personal

El Señor resucitado quiere recuperarnos una vez más, en esta Pascua, como discípulos suyos y testigos de su Reino.

Quiere *abrir nuestros sepulcros y sacarnos de nuestros sepulcros* (Cfr. Ez 37, 12). Esos sepulcros donde nos empeñamos en buscar a un Jesús que ya no está, porque ha resucitado. Esos sepulcros personales donde alimentamos nuestras rutinas, miedos, faltas de compromiso.

Quiere que *volvamos a Galilea, porque allí le veremos* (Cfr. Mc 16, 7), a la Galilea de aquella primera llamada, donde quisimos dejarlo todo y seguirlo para ser *pescadores de hombres* desde la misión salesiana. Y que reviviendo los comienzos de su llamada, lo descubramos a la orilla del lago ya resucitado. Y que aun reconociendo nuestras traiciones y limitaciones, recobremos el amor incondicional por Él y la tarea de seguir extendiendo su Reino entre los jóvenes.

*Mujeres, servicio, poder, Iglesia*¹

Diego M. Molina Molina², SJ

1. Introducción

El siglo XX ha vivido la incorporación de la mujer en todos los órdenes de la vida pública, donde ha adquirido importancia y visibilidad. Esta incorporación se ha fundamentado en la igual dignidad que existe entre varones y mujeres, que conlleva una igualdad de derechos, tanto en el ámbito profesional como en el social y político.

En la Iglesia existe también ya una amplia reflexión acerca de la igual dignidad entre el varón y la mujer, algo que ha sido subrayado en los documentos papales de los últimos tiempos³. Sin embargo, esta declaración no ha tenido todos los efectos que podrían esperarse, y no son pocos los momentos en la vida de la Iglesia en los que el papel que juega la mujer difícilmente se ve igualado al del varón⁴.

Que todavía existe un camino que recorrer ha sido expresado por el papa Francisco en su exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, cuando afirma que «todavía es necesario ampliar los espacios para una presencia femenina más incisiva en la Iglesia. Porque “el genio femenino es necesario en todas las expresiones de la vida social; por ello, se ha de garantizar la presencia de las mujeres también en el ámbito laboral” (*Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 295) y en los diversos lugares

¹ Artículo publicado en la revista *Sal Terrae* 104 (2016), pp. 529-541.

² Profesor de Eclesiología en la Facultad de Teología de Granada.

³ Véase, como ejemplo, la carta apostólica de Juan Pablo II *Mulieris dignitatem*, de 15 de agosto de 1988 (especialmente los números 1, 14, 29...).

⁴ Durante la consagración de la Iglesia de la Sagrada Familia en Barcelona, realizada por Benedicto XVI el 7 de noviembre de 2010, las mujeres actuaron en la proclamación de una lectura y cuando hubo que limpiar el altar, que había sido ungido con aceite, para revestirlo para la liturgia eucarística. Este hecho, que pudo causar alguna sorpresa, aun pudiendo ser explicado a partir de las disposiciones litúrgicas e incluso aunque en la mente de quienes prepararon la liturgia podría ser una forma de dar participación a las mujeres, no deja de ser sintomático del lugar al que se ha reducido el papel de la mujer en la iglesia.

donde se toman las decisiones importantes, tanto en la Iglesia como en las estructuras sociales»⁵.

El papa hace aquí un llamamiento a que la mujer esté presente en los diversos ámbitos de decisión. Consciente de que, en nuestra Iglesia, dichos ámbitos se encuentran entrelazados con el sacerdocio ministerial (al que las mujeres no pueden acceder), señala que este supone un servicio y que «su clave y su eje no son el poder entendido como dominio, sino la potestad de administrar el sacramento de la Eucaristía; de aquí deriva su autoridad, que es siempre un servicio al pueblo. Aquí hay un gran desafío para los pastores y para los teólogos, que podrían ayudar a reconocer mejor lo que esto implica con respecto al posible lugar de la mujer allí donde se toman decisiones importantes en los diversos ámbitos de la Iglesia»⁶.

Este artículo quiere ser una pequeña ayuda en la línea de reflexionar sobre el acceso de la mujer a esos lugares donde se toman las decisiones en la Iglesia. Algo importante tiene que ser recordado en este momento: la presencia en esos órganos de decisión de varones no ordenados también es prácticamente nula, por lo que mucho de lo que aquí se diga puede servir tanto para la mujer como para el varón no ordenado.

Trataremos, en primer lugar, de algunos desarrollos que ha sufrido la configuración del poder en la Iglesia (y que tienen consecuencias para el tema que estamos tratando), para después dar unas pinceladas sobre dónde y cómo puede y debe la mujer estar presente en los diversos campos eclesiales.

2. El poder en la Iglesia y su desarrollo

La fundamentación del poder en la Iglesia Católica se ha llevado a cabo recurriendo, en último término, a la voluntad de Cristo tal como ha sido leída por la comunidad creyente a lo largo de los siglos⁷.

En dicha configuración fue ganando fuerza la importancia concedida al ministerio ordenado, y así se fueron concentrando en el ministro diversas funciones. A finales del siglo II se produce ya la unión en la misma persona de la proclamación de la Palabra con autoridad y de la función episcopal, de tal forma que, a partir de ese momento, corresponderá a los obispos, en cuanto a dicha proclamación, una doble función: por una parte, la preocupación por el anuncio de la fe y, por otra, la protección del mensaje de la fe con autoridad; y esta unión adquiere valor

⁵ EG 103.

⁶ EG 104.

⁷ Si bien todas las iglesias cristianas remiten a Dios para justificar la autoridad en la Iglesia, no todas le dan la misma significación a dicho recurso. Lo más llamativo de la Iglesia Católica es que no solo remite la autoridad a Dios, sino también lo esencial de la forma concreta en que se ha ido configurando dicha autoridad, algo que no hacen otras iglesias.

eclesiológico desde esa época. La presidencia de la eucaristía (y, por ende, de los demás sacramentos) se encuentra confiada a los ministros ordenados desde los primeros tiempos y es algo que ha sido profundizado, en el correr de los siglos, a partir de la relación profunda que existe entre la Iglesia y la eucaristía⁸.

El ministro ordenado es, pues, el que despliega su misión desempeñando la triple función de santificar, proclamar y regir⁹. Este punto, así formulado, no presenta ningún problema; pero a lo largo de la historia se han tomado algunas decisiones y se han producido algunos desarrollos que han marcado tanto los contenidos de esas tres funciones como la manera en que se ejercen, y que han ayudado a que, al menos en la práctica, se entienda el ministerio ordenado principalmente desde el poder.

2.1. Del servicio al funcionariado

En la primera mitad del siglo IV, el obispo Donato defendió la necesidad de que los ministros ordenados se encontrasen en gracia para poder celebrar los sacramentos. La respuesta definitiva a esta polémica proviene de San Agustín, que defendió y fundamentó que la eficacia de los sacramentos no dependía de la persona privada, ni siquiera de la santidad privada de aquel que los administra, ya que, en último término, Cristo es el que celebra dichos sacramentos. Esta decisión subraya algo fundamental: que la comunidad depende, en último término, de Jesucristo y no de la santidad de los que están puestos al frente de la misma (además de suponer una seguridad para todos los fieles que no han de estar preocupados por la disposición personal de sus ministros en orden a las celebraciones de la Iglesia). Pero esta decisión también tuvo una consecuencia que ha sido calificada de «fatal», porque con ella aparece «el peligro de un funcionalismo asfixiante y de un clericalismo intolerable»¹⁰.

La separación entre la acción eficaz de los ministros ordenados y su existencia personal abrió la puerta a la comprensión, al menos en el nivel práctico, del ministerio ordenado como un funcionariado. El subrayado de que el sacramento actúa «*ex opere operato*», algo que se defendió excesivamente como respuesta a las posturas de la Reforma protestante del siglo XVI, puede interpretarse como que la vida de santidad del ministro ordenado es irrelevante o, al menos, muy secundaria, por lo que la comprensión servicial del ministerio ordenado pasa a un segundo o tercer plano.

Frente a esta posible evolución, la Escritura establece claramente que debe existir una unidad entre lo que el ministro ordenado hace y lo que es, entre el signo y la

⁸ Sobre este desarrollo se puede ver D. M. MOLINA, «Magisterio», en J. J. TAMAYO (dir.), *Nuevo diccionario de Teología*, Trotta, Madrid 2005, 547-555.

⁹ También los laicos y laicas están llamados a participar de estas funciones en virtud de su bautismo y confirmación, tal como afirma *Lumen Gentium* 31.

¹⁰ G. GRESHAKE, *Ser sacerdote hoy*, Sígueme, Salamanca 2006, 357.

realidad. Abrahán, Moisés y los profetas testimonian claramente dicha unión entre la vocación y el testimonio¹¹. También encontramos dicha unión entre aquellos a los que Jesús llamó «para estar con Él y para enviarlos a predicar». Todos ellos no solo proclamaron el evangelio, sino que lo hicieron vida en sus existencias concretas¹².

Esta unión de misión y vida llega a su cumbre con Jesús de Nazaret, en quien de tal manera ambas realidades se encuentran juntas que Orígenes dice de Él que es el «autorreino de Dios». En Jesús, toda su existencia se convierte en testimonio, y aquello que proclama es justamente lo que vive.

También en la ordenación sacerdotal, el nuevo sacerdote toma la patena y el cáliz con las palabras «Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor». Si los ministros ordenados olvidan que han de vivir con los ojos puestos en Cristo, que su ministerio exige la imitación de lo que celebra en la eucaristía, entonces se abre la puerta sin remedio a la vivencia del ministerio ordenado como «carrera eclesiástica», algo que los últimos papas han deplorado de forma unánime y han denunciado en más de una ocasión¹³.

2.2. De la labor pastoral a la acumulación de funciones

El ministerio ordenado desempeña su servicio, como ya he dicho, en los tres ámbitos clásicos de la santificación, la proclamación de la palabra y la dirección de la comunidad; algo que, a mi parecer, tiene una base sólida en la tradición eclesial. El peligro que se presenta en estos tres ámbitos es la delimitación de las funciones concretas que son propias del ministerio ordenado. De hecho, hemos asistido a una acumulación de funciones, unas veces por vía de fundamentación teórica, y otras sencillamente a través de la praxis cotidiana, que han convertido a los ministros ordenados en los últimos responsables de todo.

La labor pastoral ha de tener un centro a partir del cual podamos describir cuáles son y cuáles no son las tareas que corresponden al ministerio ordenado. Este centro ha de ser el mismo centro de la actividad de Jesús, y este no es otro que la consecución de la unidad (hay que congrega a los hijos de Dios dispersos y conducirlos a la unión

¹¹ La promesa («eficaz») de Dios a Abrahán de convertirlo en padre de un gran pueblo, en bendición para todas las generaciones, lleva a Abrahán a vivir como un forastero sin patria ni hogar, algo que visibiliza el llamamiento que Dios le hizo. La vida de Oseas y de Jeremías se convierten en signo viviente de lo que proclaman (el primero a través de su matrimonio, y el segundo a través de su permanecer célibe).

¹² Por ello dice Pablo: «Por todas partes vamos llevando en el cuerpo la muerte de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo, porque nosotros, mientras vivimos, estamos siempre expuestos a la muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal» (2 Cor 4,10s).

¹³ Siempre que alguna práctica es prohibida en la Iglesia, es porque ya se ha realizado; y siempre que un tema aparece de forma continua, es porque se piensa que está bastante presente en la Iglesia.

con Dios y la unión de unos con otros). Desde esta idea, una de las tareas fundamentales del ministro ordenado es la celebración de la eucaristía, porque es de ahí de donde brota la verdadera unidad de todos los creyentes. La relación del ministerio ordenado con la eucaristía ha sido puesta de manifiesto por numerosos autores y, a partir de Santo Tomás de Aquino, la eucaristía se convirtió en el punto desde el que entender el ministerio ordenado. Más allá de las discusiones teológicas sobre este punto y de los peligros que también tiene este desarrollo, es evidente que una de las misiones claras del ministro es todo lo que rodea a la celebración y preparación de la eucaristía (y también de la homilía), algo que ha de hacerse con sumo cuidado, so pena de que también en la celebración del centro de la Iglesia distingamos de manera burda entre lo testimoniado y el testimonio, entre el signo sacramental eficaz y la vida de quienes participamos en el mismo¹⁴.

Si pasamos ahora al oficio de regir del ministro ordenado, este consiste en actuar «en nombre del obispo, dirigiendo a la familia de Dios, por medio de Cristo, en el Espíritu, hacia Dios Padre»¹⁵. Como subraya la Congregación para el Clero, este oficio no tiene nada que ver con una concepción puramente funcional del ministerio ordenado. Habrá, pues, que plantearse con claridad qué significa eso de «dirección de la comunidad», y habrá que decir claramente que muchas (si no la mayoría) de las funciones que hoy desempeña un cura párroco no son propias de su ministerio ordenado¹⁶. Dicho de forma general, hay que afirmar que no es propio del ministerio ordenado todo lo referente a la organización (incluida la organización pastoral y la coordinación de la misma) y a la administración económica de las comunidades cristianas.

Es claro que puede haber en estos campos de la organización y de la administración económica situaciones que impliquen las opciones fundamentales del evangelio, y es en estos casos en los que el ministro ordenado ha de aportar «su competencia espiritual y su responsabilidad en el ámbito de las opciones fundamentales que tengan que ver con el evangelio y con la unidad»¹⁷.

¹⁴ Está claro que lo fundamental es que los que nos reunimos a celebrar la eucaristía vivamos nuestra vida diaria como ofrenda agradable a Dios; pero no se puede olvidar que es la celebración de la eucaristía la que posibilita justamente nuestra vida cristiana. Por ello, habrá que cuidar que la celebración sea un momento en el que de verdad la comunidad cristiana se construye (entre otras cosas, a través de silencios necesarios de todo punto para la acogida de la Palabra).

¹⁵ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El presbítero, maestro de la Palabra, ministro de los sacramentos y guía de la comunidad ante el tercer milenio cristiano*, cap. 40, 3, en línea: http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccclergy/documents/rc_con_ccclergy_doc_19031999_maes_sp.html (Consulta el 4 de abril de 2016).

¹⁶ Se podría recurrir, si se viera necesaria una fundamentación escriturística de esa diferenciación del gobierno de la comunidad, a 1 Cor 12,28, donde se distingue entre el «don de dirección» y el ministerio apostólico.

¹⁷ G. GRESHAKE, *op. cit.*, 320. Esta función del ministro ordenado sólo requeriría que tuviera derecho de veto con respecto a dichas decisiones; un veto que fundamentase bien que el tomar cierta decisión concreta iría en contra el evangelio y la unidad. La fundamentación me parece importante, porque el veto provendría, en último término, del evangelio –con todas las posibles equivocaciones que

Aquí se abre toda una serie de ministerios y funciones que no solo pueden desempeñar los laicos –y, por tanto, las mujeres–, sino que deben hacerlo.

3. La aportación de la mujer en el ámbito del poder en la Iglesia

Que Dios nos creó varón y mujer es algo que implica que el conjunto de lo «*humanum*» se encuentra cuando esa realidad bimembre actúa poniendo cada uno al servicio de la comunidad aquello que le es más propio. Si existe una diferencia entre el varón y la mujer en cuanto al acercamiento a la realidad y en cuanto a las diferentes dimensiones que ambos aportan, entonces la poca incidencia que la mujer tiene en el gobierno y en otros campos eclesiales solo puede ser calificada como empobrecimiento de la misma y como contrario a la disposición divina de la propia Iglesia.

3.1. La mujer y la toma de decisiones en la Iglesia

El Concilio Vaticano II proclamó solemnemente la corresponsabilidad de todos los miembros de la Iglesia a partir del sacerdocio común, que es la participación en el sacerdocio de Cristo por parte de todo bautizado. Es este sacerdocio común el que capacita para el ejercicio de los ministerios en la Iglesia y para las funciones de gobierno en la Iglesia.

Todos los miembros de la Iglesia poseen los mismos derechos fundamentales; todos están llamados a la obediencia a la voluntad divina (si los fieles están obligados a la obediencia a la jerarquía, la jerarquía está obligada a respetar y hacer valer los derechos de los fieles)... Se quiere así eliminar un clericalismo simplón, por el que los clérigos aparecerían como la piedra de toque de la Iglesia, que llevara a minusvalorar o a limitar la participación de los laicos en la vida de la Iglesia.

El papa Francisco invita a pensar la relación que hay entre el ministerio ordenado y la administración de la eucaristía, algo a lo que hemos aludido en el apartado anterior. Podría parecer que el papa quiere, de alguna manera, animar a la discusión en torno a lo que en la historia de la canonística se ha llamado la «potestad de régimen» o «de jurisdicción», y si esta puede ser ejercida por los laicos (y por tanto, evidentemente, por las mujeres).

Tradicionalmente, se ha distinguido entre la potestad de orden, que se recibe a través del sacramento del orden y que capacita a la persona para la celebración de los sacramentos, y la potestad de jurisdicción, que se recibía por delegación y que capacitaba a la persona para guiar a una porción del pueblo de Dios¹⁸. Las

podamos cometer– y no del propio ministro ordenado, en virtud de un poder que posee.

¹⁸ El objetivo de este artículo no permite hacer demasiadas filigranas en un tema ya de por sí

afirmaciones del Concilio Vaticano II sobre el tema de la sacramentalidad del episcopado, y especialmente el texto que dice que «la consagración episcopal, junto con el ministerio de santificar, confiere también los ministerios de enseñar y regir, los cuales, sin embargo, por su misma naturaleza, no pueden ejercerse sino en comunión jerárquica con la Cabeza y los miembros del Colegio» (LG 21), se suele interpretar como que el sacramento del orden es el que otorga también la potestad de jurisdicción. Esta interpretación está lejos de ser la única posible, y ciertamente necesita rápidamente algún añadido¹⁹, en orden a clarificar dos cosas:

- aun cuando la fuente de la jurisdicción se encuentre en el sacramento del orden, la capacitación para ejercer dicha jurisdicción no puede actuarse hasta que haya sido, digámoslo así, liberada por aquel con el que se ha de estar en comunión (en último término, el Papa);
- la historia de la Iglesia muestra numerosos casos en que la potestad de jurisdicción era ejercida por fieles cristianos que no habían recibido todavía (o que nunca recibieron) el sacramento del orden. Entre estos fieles se encuentran también algunas mujeres (especialmente ciertas abadesas).

Al ser este un tema que no estaba totalmente claro, el Código de Derecho Canónico se mantiene en una cierta indefinición, por lo que las opiniones acerca de si un laico puede ostentar la potestad de jurisdicción son variadas. Lo que podemos decir es que «el Código contiene unas normas que, aun reconociendo el engarce de la potestad eclesiástica con el sacramento del orden, no excluyen, sin embargo, el ejercicio de la potestad eclesiástica por parte de laicos»²⁰. Se abre así toda una serie de posibilidades que, si bien están hoy por hoy aceptadas por la Iglesia, falta ponerlas en práctica e intentar que aumente el número de mujeres en el desempeño de dichas tareas: desde juez diocesano hasta la predicación en iglesias y oratorios (con excepción de la homilía), pasando por ser responsable de la economía de una diócesis o de administrar los bienes eclesiásticos y colaborar en el cuidado pastoral de una parroquia. Como dice el cardenal Walter Kasper, solo «la poca disponibilidad de muchos presbíteros (sacerdotes y obispos) a dejar el control de papeles de responsabilidad que no exigen el ministerio ordenado a los laicos»²¹ es lo que impide que se haya llevado a la práctica lo que en la teoría es ya posible.

complicado. Se puede leer con provecho, para hacerse cargo de la problemática que subyace, A. VIANA, «El problema de la participación de los laicos en la potestad de régimen. Dos vías de solución»: *Ius Canonicum* 54 (2014), 603-638.

¹⁹ Véase A. M. STICKLER, «La bipartición de la potestad eclesiástica en su perspectiva histórica»: *Ius canonicum* 15 (1975), 45-76.

²⁰ A. VIANA, *art. cit.*, 616.

²¹ Entrevista concedida a *Avvenire* el 1 de marzo de 2014. Accesible en: <http://www.avvenire.it/Chiesa/Pagine/intervista-cardinale-kasper-stefania-falasca-famiglia-avvenire.aspx> (Consulta el 1 de abril de 2016).

3.2 La mujer y su servicio peculiar a la Iglesia

La justa reivindicación de la presencia de la mujer en los órganos de decisión eclesiales no debería llevarnos a perder de vista los acentos específicos que cada uno aporta a la Iglesia. Esto ocurriría si dicho acceso de la mujer a la toma de decisiones se hiciera en la medida en que las mujeres asumieran sencillamente la manera en que se ha ejercido el gobierno en la Iglesia por parte de los varones. La pregunta sería: ¿qué pueden aportar las mujeres en la consideración y en la configuración del poder en la Iglesia? o, si se prefiere, ¿qué rasgos (ya sea porque son propios de la femineidad, ya sea porque históricamente es así como se ha configurado su presencia en la Iglesia²²), deberían aportar en su manera de servir a la Iglesia?

Creo que la mujer debe seguir aportando (y ha de encontrar caminos para que ello se haga realidad) la conciencia de que el poder en la Iglesia significa, es y se realiza como servicio a toda la comunidad. Como proclama el evangelio, el primero ha de ser el último (y no solo en un nivel espiritual sin concreciones en la vida). Claramente aparece en Mt 20,25-27: «Sabéis que los jefes de las naciones las tiranizan y que los grandes las oprimen. No será así entre vosotros; al contrario, el que quiera subir, sea servidor vuestro; y el que quiera ser el primero, sea esclavo vuestro». Este mandato del Señor ha de ser cumplido por todos los que queremos seguirlo, pero especialmente por aquellos que tienen una responsabilidad en la comunidad.

La aportación de la mujer, por tanto, lejos de ser una mera asimilación de los modos en que se ejerce el poder en la Iglesia, ha de corporeizar una instancia crítica a dicha configuración, recordando siempre el peligro que existe en la Iglesia de convertir el servicio en poder, y este en mero dominio. No deberíamos olvidar lo que nos dice von Balthasar comentando la pasión de Cristo:

«Por el modo en que la Iglesia se retrata en la narración de la pasión, es claro que ha reconocido que en este punto no existe inmediato “seguimiento de Cristo”. La negación de Pedro y la huida de los demás [...] descubren su infidelidad, su cobardía y su inestabilidad... Todo lo que Pedro emprende en el contexto de la pasión va errado [...] Solo le queda un modo de estar cerca, y es alejarse para llorar amargamente, más por sí mismo que por el Señor. Los demás huyen aturridos. [...] Tras desaparecer los varones y los jefes de la Iglesia, aparece la Iglesia de las mujeres, grupo firme que “de lejos” “le acompaña” y “cuida de él”. Marcos (15,41) habla de “muchas”, además de las tres que cita por sus nombres. A la hora de dar tierra a Jesús, estarán presentes, y luego serán los primeros testigos de la Resurrección. Estarán “observando”, contemplativamente. [...] El relato de Juan produce la impresión de ser una explicación misteriosa: bajo la cruz, y a diferencia de la ausente Iglesia ministerial, está una Iglesia del amor, representada sobre todo por la Madre dolorosa y por el “discípulo amado”, a quien Jesús encomienda a su Madre: núcleo visible de Iglesia fiel que luego (en la pregunta que escucha Pedro: “¿me amas más que estos?”) se

²² En un artículo de estas dimensiones, no podemos entrar en este tema, que necesitaría muchas precisiones.

difuminará en el seno de la Iglesia petrina para seguir siendo, a pesar de todo, un resto inexplicable para Pedro (21,22s)»²³.

Esta larga cita nos señala la importancia de que no se pierda la actitud contemplativa, la actitud de acogida, de empeño en el seguimiento bajo el signo de la cruz. Estos subrayados, que han sido los peculiares de «la Iglesia de las mujeres», no han de estar ausentes de la forma en que se ejerce el poder y los diferentes ministerios en la Iglesia, pero, sin duda, han de provocar una manera distinta de configurarlos. Si las mujeres pudiesen aportar esto a la Iglesia, todos saldríamos ganando, y la «Iglesia petrina» y la «Iglesia del amor», sin llegar nunca a difuminarse la una en la otra, porque ambas dimensiones son necesarias, se encontrarían más cerca.

4. Conclusión

En esta pequeña exposición que hemos realizado, confío en que hayan quedado claras algunas ideas, que me limito sencillamente a sintetizar:

- a) ha existido en la Iglesia un desarrollo por el que la configuración del poder ha concentrado muchas tareas en el ministerio ordenado y lo ha ido entendiendo como un funcionariado;
- b) desde el Vaticano II existe un gran espacio, tanto en el ámbito de la toma de decisiones como en el más amplio de los ministerios en la Iglesia, en el que los laicos, mujeres y varones, pueden cooperar con la misión de la Iglesia, si bien todavía no ha tenido todas las consecuencias prácticas deseables;
- c) la mujer puede y debe estar más presente en esos ámbitos que relacionamos con el poder en la Iglesia, pero debería hacerlo sin asumir sencillamente la manera en que hasta ahora se ha llevado a cabo dicho ejercicio del poder, sino transparentando más claramente, también en la manera de ejercer el poder, que este es servicio.

Así nos enriqueceremos todos con «los dones inconmensurables con que Dios ha enriquecido a la mujer, haciéndola capaz de comprensión y diálogo para conciliar los conflictos grandes y pequeños, de sensibilidad para sanar las heridas y cuidar de cada vida, incluso a nivel social, y de misericordia y ternura para mantener unidas a las personas. Estos aspectos, junto con otros, son parte del «genio femenino» que es necesario que pueda manifestarse plenamente en beneficio de toda la sociedad»²⁴ y también de la Iglesia.

²³ H. U. VON BALTHASAR, «El misterio pascual», en J. FEINER – M. LÖHRER (dirs.), *Mysterium Salutis*, III/2, Cristiandad, Madrid 1971, 215-217.

²⁴ Mensaje del papa Francisco con ocasión de la conferencia internacional «Mujeres hacia la agenda de

🎯 Comunicación

El nuevo reto de la comunicación social [segunda parte]²⁵

3. Cuál es la VISIÓN salesiana de la Comunicación Social

Don Bosco utilizó todos los recursos a su alcance para comunicar -vivir, anunciar, compartir- el mensaje de Jesús a los jóvenes y a la gente sencilla. En su tiempo, él fue pionero en el uso de los medios técnicos más sofisticados, que entonces eran la tipografía y la imprenta, con la intención de llegar, con el papel, a la gente que no podía escuchar su voz. Era la comunicación social de su época.

Debemos hacer nuestras la actitud y la inquietud de Don Bosco si queremos sacar el máximo provecho posible de la *comunicación*, que es un instrumento extraordinariamente poderoso y está al alcance de tanta gente. Las barreras que años atrás hacían imposible una verdadera y auténtica *comunicación* entre las personas hoy ya no existen.

El documento SSCS nos da unas pistas seguras que marcan el camino que debemos seguir y nos impulsa a emprenderlo sin temor:

“En sintonía con los cambios en los que estamos inmersos, y con el desarrollo de las nuevas tecnologías y su impacto en la sociedad y en la cultura (...), se ha forjado una más amplia y completa visión de la comunicación y de sus múltiples significados”. [11]

“Los Capítulos Generales y los documentos posteriores manifiestan la firmeza de algunas convicciones y la necesidad de una nueva forma de presencia de los salesianos en el ámbito de la comunicación. He aquí algunas muestras de esta afirmación:

desarrollo post-2015: los desafíos de los objetivos de desarrollo sostenible», de 22 de mayo de 2015, en: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/messages/pont-messages/2015/documents/papa-francesco_20150522_messaggio-donne-agenda-sviluppo.html (Consulta el 3 de abril de 2016).

²⁵ Documento “Aspectos básicos del Sistema Salesiano de Comunicación Social” (Segunda edición, Roma 2011).

- *la conciencia de la importancia de la comunicación* como ‘educadora de masas, creadora de cultura y escuela alternativa’;
- la prioridad de esta área en la educación y la evangelización;
- una visión más amplia de la comunicación entendida como una dimensión de la *persona*, que tiene como objetivo preferente la comunión y el progreso de la sociedad;
- *el uso de todas las formas y expresiones de comunicación* que están a nuestro alcance: comunicación interpersonal, producción de mensajes, utilización crítica de los recursos educativos de comunicación;
- el valor de la comunicación como un nuevo lugar de encuentro con los jóvenes;
- *la creación de nuevos servicios* y la coordinación de políticas y estructuras en el conjunto de la Congregación;
- la cualificación y la capacitación de las personas. [12]

“El Capítulo General 26 ha reconocido que ‘son múltiples los mundos virtuales habitados por los jóvenes, y no siempre somos capaces de compartirlos y animarlos por falta de formación, de tiempo y de sensibilidad’ (n.º 102); por ello, ha propuesto pasar ‘de una actitud tímida y de una presencia esporádica en el nuevo mundo digital, a un uso responsable de los nuevos recursos y a una animación educativa y evangelizadora más incisiva’ (n.º 104); también ha invitado a las comunidades a ‘usar las tecnologías de la comunicación social para dar mayor visibilidad a la propia presencia y para difundir el carisma salesiano’ (n.º 109)”. [13]

No caben dudas al respecto: el mundo de la *comunicación* es un mundo en el que los salesianos debemos encontrarlos cómodos, como en casa, porque es el mundo en el que los jóvenes se encuentran todo el día.

Por ello, ahora la Congregación nos insta a mirar hacia adelante con osadía y responder eficazmente al *nuevo reto de la comunicación*:

- “Hay que dar prioridad a *la formación de los salesianos, de los colaboradores laicos y de los jóvenes*, porque estos últimos pertenecen a una nueva era digital y viven en *un continente nuevo: el continente digital*. Por tanto, hemos de conocer y utilizar sus lenguajes, porque es totalmente necesario inculturar el Evangelio y comprender a sus destinatarios”.
- “*Tenemos la oportunidad de evangelizar y educar en un continente nuevo que es extraordinariamente salesiano*, y este hecho constituye un reto para nosotros.

El amor de Dios también debe manifestarse en el *continente digital*, porque en él conviven ricos y pobres, creyentes y agnósticos”.

- “El salesiano debe recibir una formación integral que le capacite para la realización de la misión teniendo en cuenta las necesidades de los jóvenes y la situación en que se encuentran; debe ser un salesiano celoso que no confunda la misión y la actividad; *debe ser un salesiano que sepa comunicar lo que es: un testimonio de Dios en medio de los jóvenes de la era digital*”²⁶.

Nos da satisfacción estar totalmente en sintonía con el papa Benedicto XVI, que ha pedido a los jóvenes cristianos que sean auténticos evangelizadores en el nuevo *continente digital* y constructores de comunión. Les ha dicho:

“Amigos, comprometeos a sembrar los valores sobre los que se apoya vuestra vida, y a hacerlo en la cultura de este nuevo ambiente de la comunicación y la información”.

“A vosotros, jóvenes, que casi espontáneamente os sentís en sintonía con estos nuevos medios de comunicación, os corresponde de manera particular la tarea de evangelizar este *continente digital*. Haced cargo con entusiasmo del anuncio del Evangelio a vuestros coetáneos. Vosotros conocéis sus temores y sus esperanzas, sus entusiasmos y sus desilusiones. El don más valioso que les podéis ofrecer es compartir con ellos la *buena noticia* de un Dios que se hizo hombre, padeció, murió y resucitó para salvar a la humanidad. El corazón humano anhela un mundo en el que reine el amor, donde los bienes sean compartidos, donde se edifique la unidad, donde la libertad encuentre su propio sentido en la verdad, y donde la identidad de cada uno se logre en una comunión respetuosa. La fe puede dar respuesta a estas aspiraciones: ¡sed sus mensajeros!”²⁷.

Debemos hacer nuestras la actitud y la inquietud de Don Bosco si queremos sacar el máximo provecho posible de la comunicación. “Tenemos la oportunidad de evangelizar y educar en un continente nuevo que es extraordinariamente salesiano”. “El salesiano debe saber comunicar lo que es: un testimonio de Dios en medio de los jóvenes de la era digital”.

4.Cuál es la MISIÓN de los salesianos en el ámbito de la Comunicación Social

²⁶ SSCS, Prefacio.

²⁷ BENEDICTO XVI, Mensaje para la XLIII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales “Nuevas tecnologías, nuevas relaciones. Promover una cultura de respeto, de diálogo, de amistad”, 24-05-2009. Apéndice C del documento SSCS.

“El SSCS tiene por finalidad fomentar la creación de un entorno de comunicación que consiste en la comunión entre individuos, trabajos, proyectos y actividades, y coloca el desarrollo y el uso de la comunicación al servicio de la educación y la evangelización de los jóvenes, sobre todo los más pobres, y de la sociedad en general”. [14]

El nuevo modo de concebir la *comunicación* determina la orientación, la organización y el funcionamiento de la práctica totalidad de las obras e iniciativas apostólicas de la Congregación Salesiana, porque *la comunicación es una dimensión transversal presente en todas las actividades*. Sin una comunicación de calidad, ninguna actividad de carácter pastoral podría lograr plenamente sus objetivos.

Por ello, debemos poner el acento en la mejora de la calidad de la *comunicación* en vista de la realización eficaz y satisfactoria de nuestra misión.

También aquí el documento SSCS ofrece unas pistas que pueden ser de utilidad:

- “La expresión ‘comunicación’ implica valores como la reciprocidad, la participación, el dar y el recibir. Toda persona involucrada en un proceso de comunicación practica *la comunicación social* [16],

- “*La persona humana es un ser en comunicación, en diálogo constante; es un ser para los demás. Esta actitud es condición y oportunidad para todos y cada uno de los actos de comunicación. Todos somos comunicadores, aunque no todos seamos profesionales de la comunicación*” [17],

- “*Una verdadera y efectiva comunicación genera un conjunto de relaciones humanas que, además de la transmisión de mensajes claros, comporta entendimiento, comunión, solidaridad, participación, respeto, enriquecimiento mutuo, mejora de las relaciones humanas y, también, la posibilidad de convivir amigablemente*” [18],

- “*El contenido más importante de la comunicación es el don que Dios hace de sí mismo a la humanidad en Cristo Resucitado. Como salesianos, nuestra convicción más profunda es que somos testimonios del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, y que lo expresamos mediante una gran variedad de signos, símbolos y formas de comunicación*” [19].

- “El carismct salesiano posee una gran capacidad innovadora en el ámbito de la comunicación” [23].

- “El Sistema Preventivo de Don Bosco es la síntesis del estilo salesiano de comunicación” [24],

- “Por este motivo, la política de comunicación de la Congregación Salesiana se fundamenta en unos criterios que constituyen el distintivo del conjunto de la acción salesiana, en sus diversas manifestaciones. Estos criterios

determinan las opciones más importantes y la forma de llevarlas a la práctica en el ámbito de la comunicación” [25],

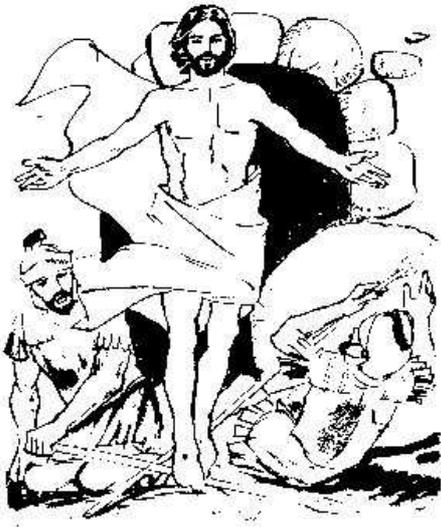
Según el SSCS, los criterios más importantes para la comunicación salesiana están agrupados en nueve apartados:

- **La encarnación.** “El carisma juvenil y popular de la vida salesiana inspira toda la labor de comunicación, tanto la de las comunidades como la de los individuos”. “Debemos ofrecer una interpretación actualizada de los sucesos que tienen lugar en el mundo, y hacerlo desde la perspectiva de la evangelización y la educación, según la cultura de cada país” [26],
- **El testimonio vocacional.** “El primer servicio educativo que los jóvenes esperan de los salesianos es nuestro testimonio de una vida fraterna que es una respuesta a su profunda necesidad de comunicación, una propuesta de humanización, una profecía del Reino y una invitación a acoger el don de Dios”. [27],
- **La evangelización y la educación.** “El carisma salesiano es un carisma educativo. Evangelizar educando y educar evangelizando sintetizan la acción salesiana en el ámbito de la comunicación”. “Nuestro compromiso educativo es nuestra principal aportación a la conversión del mundo en vista de la llegada del Reino”. [28]
- **El Sistema Preventivo.** “La comunicación salesiana se caracteriza por el Sistema Preventivo: propone los valores del espíritu salesiano, el sentido de Dios y de la Iglesia, la predilección por los jóvenes, el espíritu de familia, el optimismo, la alegría, el sentido práctico en la actuación, la creatividad y la flexibilidad, el trabajo y la templanza, y una forma de estar con los jóvenes hecha de amor, religión y amabilidad”. [29]
- **La ética y la profesionalidad.** “La ética expresa la honestidad profesional del comunicador que busca con afán la verdad, con una actitud democrática de respeto profundo a los hechos y a las personas, sin engaño ni manipulación”. “La profesionalidad supone un modo de hacer riguroso, adecuado a la naturaleza de la realidad que nos ocupa”. [30]
- **La interdisciplinariedad.** “Don Bosco utilizó formas muy diversas como medio de comunicación, como son el teatro, la música, el arte, la literatura, etc., siempre al servicio de la educación”. “La comunicación está al servicio de la comunión, y la respuesta a las necesidades de la educación requiere compartir conocimientos con lenguajes diversos”. [31]
- **Los derechos humanos.** “Los pobres han de poder ejercer el derecho a la comunicación, y la Familia Salesiana debe facilitarlos, siendo la voz de los que no tienen voz y ayudando a quienes no pueden hacerse escuchar”. [32]

- ***El trabajo sistemático y coordinado (ecosistema).*** “El trabajo sistemático y coordinado supone compartir la misma ‘visión’ con la Iglesia y la Congregación, con criterios compartidos en los proyectos y las líneas de actuación, en estrecha relación con las instituciones sociales que comparten la misma misión”. [33]
- ***El ‘trabajo en red’.*** “**El trabajo en red con individuos y grupos requiere autenticidad y objetividad, y también apertura para construir y mantener relaciones interpersonales**”. [34]

El nuevo modo de concebir la comunicación determina la orientación, la organización y el funcionamiento de la práctica totalidad de las obras e iniciativas apostólicas de la Congregación Salesiana, porque la comunicación es una dimensión transversal presente en todas las actividades.

🎯 Vida salesiana



Salvados por gracia

Carlos Rey Estremera²⁸

Hemos entrado en el tiempo de Pascua. Es común en estos días encontrarnos con expresiones como: “Jesús ha resucitado de entre los muertos” (Mt); “Dios lo resucitó y nos lo hizo ver” (Hch); “Por la resurrección de Jesús Dios nos ha hecho nacer de nuevo” (1Pe); “Os rescataron a precio de la sangre de Cristo” (1Pe); “Nacer del agua y del Espíritu” (Jn); “Por Cristo hemos sido salvados por gracia”, “Habéis resucitado con Cristo”, “Hemos muerto al pecado y vivificados en Cristo”, estas últimas de Pablo.

Son expresiones de enorme densidad teológica, que utilizamos en nuestras predicaciones, pero cuya grandeza de significado nunca alcanzaremos plenamente, pues la hondura del misterio de la redención nos sobrepasa y solo puede ser captada mediante la experiencia de la propia salvación o por iluminación del Espíritu Santo, ambas cosas don de Dios.

La comprensión plena del misterio salvífico de Cristo no está a nuestro alcance, pero podemos aproximarnos a él a partir de los recursos que tenemos a mano como es, en nuestro caso, la vida y escritos de Don Bosco.

El tema es denso, por lo que he dudado en tratarlo aquí, pero tan básico y esencial a la vida del cristiano, que me he decidido a hacerlo.

Comollo y Don Bosco

En la vida y escritos de Don Bosco hay diversos episodios que reflejan la experiencia de la salvación que Dios nos ha dado en Cristo: la “salvación por gracia”, en expresión de San Pablo. Uno de ellos es la enfermedad de Comollo²⁹.

²⁸ Texto inédito para Forum.com.

Para nosotros Comollo es poco más que un recuerdo, pero para Don Bosco fue una de las más importantes mediaciones de Dios en su vida. De hecho, no solo no lo olvidó jamás, sino que escribió sobre él en seis ocasiones: en 1839, por ocasión de su muerte, en 1844, 1854, 1867, hacia 1874 en las MO, y en 1884. Comollo acompaña, pues, toda la existencia de Don Bosco.

En las publicaciones de 1844 y de 1884, al describir la enfermedad de su amigo, Don Bosco distingue dos fases totalmente distintas en cuanto a su actitud ante su próxima muerte: en la primera Comollo aparece absorto en el pensamiento del juicio divino, aterrado, temeroso, triste y melancólico, con manifestaciones incluso físicas, mientras que en la segunda le vemos en paz y en calma, plácido, alegre, deseoso de cantar y de morir pronto para unirse cuanto antes con el Señor.

Al ser preguntado por el motivo de tal transformación, Comollo cuenta a su amigo Bosco un acontecimiento, a modo de sueño o visión, origen y causa de su cambio, que marca un “antes” y un “después” en su actitud interior ante la muerte. En este acontecimiento centramos nuestra atención por considerarlo un reflejo de la “salvación por gracia”, tema de este artículo.

La enfermedad y crisis de Comollo

La historia de la enfermedad de Comollo se caracteriza por sus continuas referencias al juicio final acompañadas de aquel “tenemos que separarnos”, dirigido a Bosco. “Cada vez que lo visitaba, afirma Don Bosco, me decía siempre las mismas cosas: «Se acerca el momento de presentarme a juicio, tenemos que separarnos»”.

En un largo diálogo entre ambos, que omitimos por motivos de brevedad, Comollo manifiesta a Bosco tres certezas: que debe presentarse al juicio de Dios, que le queda poco tiempo para disponerse y que tienen que separarse. Cuatro veces repite que debe presentarse ante Dios, otras cuatro -y más de quince durante la enfermedad- que deben separarse, y una que tiene poco tiempo para prepararse.

En este contexto Comollo sufre una fuerte crisis que debió de impresionar mucho a Bosco, a juzgar por el espacio que le concede y los detalles que ofrece de la misma. En ella aparecen claros dos aspectos: el dramatismo de su conflicto interno y su resolución en la paz, la confianza, la alegría y el deseo de Dios.

Así describe Don Bosco la intensa lucha interior de su amigo:

Mientras tanto Comollo pasó el lunes con mucha fiebre, el martes lo pasó en la cama y el miércoles levantado pero siempre triste y melancólico, absorto en el

²⁹ El relato completo se encuentra en: *Cenni storici sulla vita del chierico Luigi Comollo morto nel seminario de Chieri ammirato da tutti per le sue singolari virtù*, 1844, Cap. V. También, con variantes, en la publicación de 1884, Cap. X.

pensamiento del Juicio divino. Al amanecer lanzó un lamento clamoroso, como si hubiera quedado aterrado por algún objeto horrible; de allí a media hora, habiendo vuelto en sí, mirando fijo a los que le rodeaban, exclamó: ¡Ay Juicio!. Comenzó entonces a retorcerse con tal fuerza, que cinco o seis que estábamos presentes, apenas podíamos sujetarlo en la cama.

Pero al recuperarse y después de una larga reflexión, cambia totalmente de actitud:

Tal agitación duró más de tres horas, después de las cuales recobró el conocimiento de sí mismo. Estuvo largo rato pensativo, como ocupado en serias reflexiones, hasta que después, depuesto aquel semblante de tristeza y terror que, desde hacía varios días demostraba ante el Juicio Divino, permaneció tranquilo, y plácido, hablaba, reía y respondía a todas las preguntas que le hacíamos.

Al preguntarle uno de los asistentes el porqué de tal cambio, Comollo, entre confundido y pudoroso, sólo se lo revela a Bosco:

A tal pregunta se puso a hablar en voz baja: «hasta ahora me aterrorizaba morir por el temor al Juicio Divino; todo me aterraba pero ahora estoy tranquilo y nada temo y por ello te cuento.

Mientras estaba extremadamente agitado por el temor al juicio divino, me pareció ser transportado a un profundo y amplio valle, en el que el aire enrarecido y los huracanes con fuertes vientos dejaban sin fuerzas ni vigor a cualquiera que viniese a parar allí. En el centro de este valle había un profundo abismo semejante a un horno del que salían llamas flameantes. Asustado, me puse a gritar por el temor a precipitarme en aquel lugar. Me volví hacia atrás para escapar, y eh aquí una innumerable turba de monstruos de forma horrible y repugnante que querían precipitarme en aquel abismo. Entonces grité más fuerte e hice la señal de la Cruz, ante cuya visión aquellos monstruos se retorcieron alejándose de mí. Sin embargo, no podía huir y liberarme de aquel mal lugar; entonces vi una multitud de fuertes guerreros que venía en mi ayuda. Ellos atacaron vigorosamente a aquellos monstruos, algunos de los cuales resultaron destruidos, otros se dieron a vergonzosa fuga.

Liberado de tal fragor me puse a caminar por aquel valle espacioso, hasta que llegué a los pies de una alta montaña a la que solo se podía acceder por una escalera, cuyos escalones estaban ocupados por muchas serpientes dispuestas a devorar a quien subiera. No existía otro paso para subir por lo que yo no osaba avanzar, temiendo ser devorado por aquellas serpientes. Así pues, abatido y sin fuerzas, estaba a punto de desmayarme, cuando una mujer, que juzgo ser nuestra Madre común, me cogió por la mano, me hizo ponerme en pie y me dijo que anduviera con ella por aquella escalera. Nada más poner ella el pie sobre los escalones, todas aquellas serpientes volvieron hacia atrás parte su mortífera cabeza, y no se volvieron hacia nosotros hasta que no estuvimos lejos de ellas.

Llegados a la cima de aquella escalera me encontré en un delicioso jardín, donde vi cosas que jamás hubiera imaginado que existieran. Cuando estuve seguro, aquella Señora me dijo: “ahora estás a salvo”. Y desapareció.” Esto calmó totalmente mi corazón y me quedé tan tranquilo, que lejos de temer la muerte, ahora deseo que venga pronto, para poder unirme con mi Señor.»

A lo que Don Bosco añade:

Se diga lo que se quiera de la narración expuesta, pero el caso es que, siendo tan grande al principio el terror y el temor de comparecer ante Dios, tanto más alegre mostrábase después y deseoso de que llegara el momento; no más tristeza o melancolía en el rostro sino un aspecto sonriente y jovial deseoso de cantar salmos, himnos y cánticos espirituales.

¿Qué es esto? ¿Qué significa? ¿Qué tiene que ver con la salvación por gracia? ¿Qué con el tiempo de Pascua en el que nos encontramos?

Significa que, a juzgar por los hechos y el dinamismo de los mismos, Comollo vivió en su enfermedad una situación sin salida en la que tuvo la experiencia de ser salvado por gracia, con frutos claros y abundantes de Vida Nueva. Veamos:

- *Ante su próxima muerte y la inminencia del juicio divino*, del que siente pavor, Comollo se ve en una situación de la que no puede salir por sí mismo. Esta situación se refleja en la imposibilidad de huir del valle de aire enrarecido en que se encuentra, de los monstruos que quieren arrojare en el abismo y de las serpientes que se disponen a devorarlo.
- *Es salvado de esta situación* por la intervención de una multitud de guerreros que vencen a los monstruos y de la Señora que le salva de las serpientes, le hace acceder a un delicioso jardín y le dice explícitamente: “Ahora estás a salvo”.
- *Fruto de esta salvación* es que el corazón de Comollo, antes extremadamente agitado, se calma y tranquiliza al punto de que, en vez de temer la muerte, desea que llegue pronto para poder unirse con Dios.

A esto añade Don Bosco que, más allá de posibles interpretaciones, el hecho constatable es que el terror y el temor de comparecer ante Dios se cambia en alegría y deseo de Él y la tristeza y la melancolía en un rostro sonriente y jovial deseoso de cantar salmos, himnos y cánticos espirituales.

La salvación por gracia de Pablo

El relato de Don Bosco tiene que ver con la “salvación por gracia” porque el dinamismo que se observa en él: situación sin salida, salvación gratuita y frutos de

Vida Nueva es el mismo que Pablo explica que se ha dado en nuestro favor por la pasión, muerte y resurrección de Jesús, refiriéndose al pecado. Así:

- *Todos, judíos y griegos*, estamos en una situación sin salida porque todos estamos bajo el poder del pecado y ante Dios “No hay quien sea justo, ni siquiera uno...” (Cfr. Rom 3, 9b-12).
- Pasando por alto nuestra condición pecadora, *Dios nos ha redimido en Jesucristo* y nos ha salvado del pecado mediante el don de su gracia (Cfr. Rom 3,21-25).
- *Fruto de esta salvación* es que ahora, acogida la justificación mediante la fe, estamos en paz con Dios, tenemos acceso a esa misma gracia que hemos recibido y podemos esperar la participación plena en la gloria de Dios (Cfr. Rom 5, 1-2).

Como se ve, cambia el contexto: el pecado en vez de la enfermedad, pero el dinamismo salvífico en Pablo y en Comollo es el mismo: situación sin salida, salvación por gracia y paso a una Vida Nueva.

Conclusión

Volviendo a Comollo. Superada la crisis, el relato de Don Bosco se desliza pacífico y sosegado como un río por la llanura después de haber atravesado, impetuoso y amenazador, agrestes pasos de montaña, expresando así la nueva situación del enfermo suavizado y configurado por la presencia de Dios que contenta y satisface:

Administrados así los últimos sacramentos ya no parecía enfermo, sino uno que estuviese en la cama para reposar; estaba plenamente consciente de sí mismo con ánimo pacificado, tranquilo y muy alegre, no decía otra cosa que fervorosas jaculatorias a Jesús Crucificado, a María Santísima y a los Santos.

¿Idealización de Don Bosco? Podría ser, pero sobre todo poder salvador de Dios.

¡Feliz Pascua de Resurrección!

🎯 Pastoral juvenil

*Acompañar el noviazgo*³⁰

De todos los tipos de relaciones parece que, vistas las edades de los presentes en este curso de acompañamiento, el más interesante puede ser el “noviazgo”. Aclaro la palabrita, que si bien es tradicional es buena para referirse a esa relación de pareja que va más allá de un “rollito”, que ha superado la etapa de “vamos a conocernos y a ver si funciona” y que podría decirse que empieza a tomarse en serio eso de caminar juntos por la vida.

Personalmente creo que es una relación clave, porque si levanto la mirada, queriendo ver, sin juicios y sin pretender encontrar lo que deseo como ideal, me parece que vivir el matrimonio en cristiano es el “master”, o al menos el curso de “especialista”, en la “formación” para vivir en pareja. Si me permites aprovechar el símil, creo, que como educadores-evangelizadores, no es bueno saltarse todo el proceso previo, la “carrera universitaria”, de aquí la necesidad del acompañamiento en el noviazgo; y siento que no siempre estemos garantizando una buena “ESO” que eduque en una sana afectividad, para afrontar el “bachillerato o la FP” de las primeras relaciones de pareja.

En plata: desde la infancia preparamos para una sana relación de pareja, nos jugamos mucho en la educación de las emociones y la amistad en la preadolescencia, la salud depende de cómo acompañemos la incorporación del lenguaje de las relaciones sexuales en la adolescencia y está claro que los jóvenes nos necesitan a su lado acompañando sus relaciones de pareja. Tras todo esto llega acompañar el noviazgo, y no por ello pierde su vital importancia. Sin esta fase es difícil llegar a una buena preparación para el matrimonio cristiano.

La propuesta de estas letras es acercarnos a algunos de los temas básicos que necesitaremos acompañar si queremos trabajar en la pastoral del noviazgo; es decir, según nuestro símil, estar disponibles para ellos durante la “carrera universitaria”, en el momento en que dos jóvenes se plantean tomarse en serio su relación de pareja y apuestan por iniciar un camino juntos.

³⁰ El texto pertenece a los materiales sobre formación en el acompañamiento que la Delegación de Pastoral Juvenil ha colgado en la web inspectorial.salesianos.es. Bibliografía del artículo: J. W. Santrock, *Psicología del desarrollo vital*. McGraw Hill, 2006 y R. S. Feldman, *Desarrollo psicológico a través de la vida*. Pearson Prentice Hall, 2007.

Por motivos de espacio no entraré en los elementos diferenciales que implica acompañar el noviazgo en las relaciones de pareja homosexuales y su repercusión pastoral. Pero lo menciono para no negar la necesidad pastoral de esta reflexión.

Una cuestión de nombres

El acompañamiento de esta etapa coincide con lo que llamamos evolutivamente jóvenes (John W. Santrock) o edad adulta temprana (Robert S. Feldman).

A mi modo de ver no es indiferente un nombre u otro; cuando la tendencia sociocultural es alargar la juventud hasta los 35 años (o más), me parece necesario hablar de comienzo de la adultez a quien decide tomarse en serio el amor, dándole prioridad sobre la edad cronológica y la situación socioeconómica (tener trabajo, piso...). Esta opción es personal e implica una creencia: el tomar las riendas de la propia vida, el construir una pareja, el tomar responsablemente la sociedad en sus manos, son derechos que se pretenden arrebatar a los jóvenes con ideas y estadísticas que van retrasando su protagonismo en la vida y en la sociedad. No me incluyo en el grupo de los que temen que los jóvenes sean protagonistas de la historia, es más confío plenamente en ellos. Por eso, me sitúo entre los adultos que se ofrecen a acompañar su vida y sus procesos, convencido de que así se construye un presente y un futuro mejores.

Las claves antropológicas con fondo teológico

Cuando dos jóvenes se denominan a sí mismos novios, surgen una serie de preguntas, que no se hacen explícitas necesariamente, pero un buen acompañamiento pastoral debería conseguir que salgan a la luz:

- ¿Qué nos atrae hacia los demás y nos motiva a dedicarles nuestro tiempo?
- ¿Qué es el amor?
- ¿Por qué los miembros de una pareja se sienten mutuamente atraídos, qué les motiva a pasar cada vez más tiempo juntos?
- ¿Qué papel desempeña la atracción física, el sexo?
- ¿Qué importancia tiene la personalidad de cada uno de los novios?
- ¿Las cosas mejoran o empeoran al compartir un mismo espacio?
- ¿Las familias de cada miembro de la pareja importan?
- ¿Qué pinta Dios en todo esto?

La atracción

Los psicólogos sociales no dicen que la familiaridad es una condición imprescindible para que se desarrolle toda relación de cercanía. Esto es, compartir un entorno cercano durante mucho tiempo (criarse juntos, ser compañeros de estudios, trabajo, participar en acontecimientos sociales o significativos...).

También funciona el dicho “Dios los cría y ellos se juntan”, nos solemos unir a personas similares a nosotros, y sin duda los miembros de una pareja muestran más semejanzas que diferencias, sobre todo en patrones de comportamiento y actitudes personales; pero también en gustos, inteligencia, valores, personalidad, estilos de vida... Sólo en algunos casos minoritarios y en características aisladas los extremos parecen atraerse (introvertido-extrovertido, adinerado-pobre, “ojos que se enamoran de legañas”, etc...).

Las razones son varias. La más poderosa es la **validación consensuada**, nuestras propias actitudes y comportamientos se ven reforzados cuando se parecen a las actitudes y comportamientos de otros. También tendemos a **rehuir lo desconocido** y preferimos rodearnos de personas cuyas actitudes y comportamientos podemos predecir; esto no quita que estemos abiertos a ciertas novedades o que lo diferente pueda atraernos.

En cuanto a otros rasgos hay diferencias que vienen dadas por las variaciones en la cultura de género. Así, en algunos estudios, las mujeres heterosexuales buscan (en orden de prioridad) que su pareja sea atenta, honesta, fiable, amable, comprensiva y bella físicamente; y los varones buscarían atractivo físico, buenas artes culinarias y una buena gestión de la económica familiar. Pero esto cambia como lo hace la cultura y las expectativas sociales sobre lo que debe ser un varón o una mujer.

El **atractivo físico**, es un factor importante pero se ve sometido a un constante cambio de patrones de belleza; por lo general solemos buscar una persona con un nivel de atractivo similar al nuestro, según la **hipótesis de la igualación**.

PARA EL ACOMPAÑAMIENTO:

- Tomar conciencia de los motivos por los que uno se siente atraído por su pareja.
- Valorar la importancia de lo que se comparte, lo común y hacer una jerarquía de valores y costumbres que hay que cuidar si se desea compartir el camino.
- Cultivar la chispa, la novedad, las diferencias que traen frescura y creatividad a la relación.

- Leer en quien nos quiere a su lado lo que Dios nos dice en la vida: el amor de Dios tiene mediaciones concretas y, a la vez, sostiene y está muy por encima de todas ellas. Esta lectura es imprescindible en la pareja cristiana desde el comienzo.

La búsqueda de la intimidad

Erik Erickson, plantea esta etapa como el tiempo de la **intimidad frente a aislamiento**. Tendría varios componentes: el **desinterés**, la capacidad de sacrificar las propias necesidades por las de otro; **la sexualidad, como experiencia de placer mutuo**, que busca la gratificación de la pareja y no sólo la propia; la **devoción profunda**, o el ansia de fusionar la propia identidad con la de la pareja.

PARA EL ACOMPAÑAMIENTO:

- Tomar conciencia de la importancia del cuidado de uno mismo y de la pareja en la triple dimensión mencionada.
- Acompañamiento personal de las tendencias de cada miembro de la pareja a aislarse.
- Ayudar a diferenciar entre aislamiento y soledad necesaria.
- Releer la historia de las relaciones sexuales de cada miembro de la pareja. La iniciación temprana, las posibles experiencias negativas, los complejos relacionados con la sexualidad... Es el momento de acompañar esta dimensión.
- Cuidar que la tendencia a la fusión no lleve a la patologización de la relación. Cada miembro de la pareja ha de cultivar su propia personalidad, que al enriquecerse dará más consistencia a la pareja.
- Un buen desarrollo de la intimidad en la relación de pareja, facilita y enriquece la relación con Dios: crecer en intimidad es crecer en verdad, también en la que Dios nos revela en las relaciones. La historia de nuestra sexualidad es también historia de vida y de salvación.

El proceso del enamoramiento al amor

La mayoría de las relaciones siguen un proceso similar, aunque cada una de ellas sea única. Su nos ayudará en el acompañamiento:

- Dos personas se relacionan entre sí a menudo y en un periodo largo de tiempo. Aumenta también la cantidad y el tipo de escenarios en los que se encuentran.
- Los dos buscan la compañía del otro con mayor asiduidad.
- Se abren al otro cada vez más, revelando más confidencias íntimas sobre sí mismos. Empiezan a tener intimidad física.
- La pareja está dispuesta a compartir sentimientos positivos y negativos y expresan críticas además de elogios.
- Empiezan a coincidir las metas que tienen para la relación.
- Sus reacciones a las situaciones se hacen más similares.
- Empiezan a sentir que su propio bienestar psicológico está ligado al éxito de la relación, viéndola como única, irremplazable y preciada.
- Cambia su definición de sí mismos y de su conducta: empiezan a verse y a actuar como pareja, más que como individuos separados.

Siguiendo a Bernard Murstein, la relación evoluciona según la **teoría de estímulo-valor-rol**. La primera etapa es la del estímulo, donde las relaciones se basan, sobre todo en su inicio, en las características físicas, superficiales y la apariencia de la persona. La segunda, etapa del rol, se muestra como descubrimiento de una semejanza creciente de valores y creencias. En la tercera, la etapa del rol, la relación se fundamenta en las funciones específicas desempeñadas por los participantes; en nuestro caso se trataría de definirse como novio y novia.

Como toda teoría es orientativa y tiene sus excepciones.

PARA EL ACOMPAÑAMIENTO

- Caer en la cuenta de la importancia de la comunicación en el proceso. Su existencia y su enriquecimiento durante toda la relación de pareja. Ofrecer recursos que garanticen una comunicación saludable es parte esencial del acompañamiento y de la prevención de futuras rupturas o relaciones dañinas.
- Educar en la comunicación asertiva, favorece la autenticidad en la relación, así como el desarrollo de la inteligencia emocional que lleve al cuidado y a potenciar todo lo que refuerza los vínculos positivos existentes en la pareja y las cualidades de cada uno de sus miembros.
- Una iniciación en las técnicas básicas de resolución de conflictos ofrece a la pareja recursos preventivos a la hora de afrontar posibles crisis.

- El comienzo de relaciones sexuales, en muchos casos, aparece mucho antes que la maduración de la intimidad y el desarrollo de proceso amoroso. Una de las tareas del acompañamiento es ayudar a que cada miembro de la pareja dé al lenguaje sexual la riqueza de contenido que sólo puede alcanzar en el amor de pareja.
- Analizar con seriedad la tendencia a estancarse en la etapa de estímulo, y su consecuente desenlace en crisis a la hora de la convivencia prolongada. No en vano podrían tener su raíz muchas rupturas matrimoniales tempranas en no haber superado realmente esta fase en las dimensiones más importantes de la relación.
- Desarrollar la honestidad en la etapa del valor es fundamental. Los engaños, las ocultaciones, los fingimientos en este periodo llevan a desagradables consecuencias en el futuro de la relación. Desgraciadamente la falta de honestidad no es consciente en muchas ocasiones, por eso es muy importante el acompañamiento personal, para que cada miembro de la pareja se conozca a sí mismo, sus deseos, sus valores y lo que mueve su vida.
- La cultura de género puede ser confusa en nuestro momento actual. Los roles esperados de un novio o una novia no aparecen tan definidos como en otras épocas. El protagonismo de los miembros de la pareja a la hora de definir sus roles es grande, pero también la influencia de las diversas, y en muchas ocasiones irreconciliables, maneras de entender la pareja que la cultura heterogénea y mediática nos ofrece. Acompañar este momento es decisivo; de hecho, si estamos ahí acompañando, significa que hemos sido escogido/a como referencia de cultura y de valores.
- La comunicación de pareja abre una de las puertas más ricas para el encuentro con Dios: quien acoge y comunica con otro/a en intimidad puede desarrollar la Intimidad con el Otro. Educar en intimidad y comunicación de pareja puede educarse en mística cristiana.
- Si se quiere hacer una adecuada presentación progresiva al sacramento del matrimonio, tendríamos que relacionar los contenidos teológicos del sacramento con las vivencias que se van madurando en la relación de pareja: ya que Cristo elige manifestar su amor a la Iglesia en el matrimonio cristiano, o que el Padre nos muestra su Amor a la vida en este sacramento; se trata de una oportunidad única de acompañamiento en la fe.

Amor apasionado y amor de compañía

Casi nadie discute que el amor no es sólo un cúmulo de simpatía, que es cualitativamente diferente a la amistad. La intensidad de la atracción física (al

menos en las primeras etapas) el interés generalizado por el/a otro/a, las fantasías recurrentes acerca de él/ella, las oscilaciones emotivas rápidas son signos del amor apasionado. Pero aun siendo diferente de la simpatía, la incluye junto a la cercanía, la pasión y la exclusividad.

Cierto es que no todos los amores son iguales y aunque nos centremos en el amor de pareja hay diferencias. Parece ser que en las relaciones amorosas hay dos categorías. Por una parte **el amor apasionado** (o romántico), estado en el que se está absorto en alguien, donde gran interés, atracción física y preocupación por las necesidades del otro suelen ser los ingredientes; en principio puede alimentarlo todo aquello que produzca emociones intensas (aunque sean negativas) y se da incluso cuando se experimenta un rechazo continuo o daño por parte del supuesto amante. Está claro que en la cultura occidental este amor romántico se considera posible y deseable, y por tanto una experiencia que debe buscarse. El **amor de compañía** es, en cambio, un fuerte afecto que sentimos por aquellos con los cuales nuestra vida está profundamente involucrada.

Es interesante tomar conciencia de la importancia de las expectativas culturales: no siempre se ha visto necesario en el desarrollo de una buena pareja que existiera el amor apasionado, ni siquiera en occidente.

PARA EL ACOMPAÑAMIENTO

- Confrontar a la pareja con los ideales de amor que están presentes en su cultura, ya que la pareja real, será constantemente contrastada con esos ideales, lo queramos o no.
- Ayudar a ver que el amor se escapa a toda clasificación es una vía para educar sobre el Misterio insondable del Amor de Dios. Es la etapa en la que la riqueza de las imágenes que la Palabra nos ofrece sobre Dios como amante de su Pueblo pueden ser entendidas y enriquecer la vivencia de la relación de pareja.

Las tres facetas del amor

Robert Sternberg nos propone una teoría triangular del amor interesante; el amor es más complejo que la división apasionado-compañía; según él el amor tiene tres componentes. El **componente de intimidad** abarca sentimientos de cercanía, afecto y relación. El **componente de pasión** incluye impulsos motivacionales relacionados con el sexo, la cercanía física y el romance; lo mueven los sentimientos de atracción intensos y las reacciones fisiológicas. El **componente de decisión/compromiso** abarca tanto la conciencia inicial de que uno ama a alguien como la determinación a largo plazo de mantener ese amor.

Si se combinan la presencia o ausencia de estos componentes podríamos tener variantes como: falta de amor, cariño, encaprichamiento, amor vacío, amor romántico, amor de compañía, amor loco y amor consumado.

PARA EL ACOMPAÑAMIENTO

- Conocer este instrumento teórico a la hora de acompañar una pareja puede ofrecer luz para poner nombre a la confusa variedad de modelos y experiencias amorosas que rodea a los jóvenes.
- Sería muy interesante analizar con los novios la presencia-ausencia de estos componentes en la relación que acompañamos, así como el posible itinerario que ellos se marcan para alcanzar el ideal del amor consumado.
- Un hábil acompañamiento podría establecer una bella analogía entre las facetas del amor y las virtudes teologales: es una oportunidad para mostrar como la fe y su vivencia va unida a lo más importante de nuestra vida.

Elección de la pareja

Si preguntáramos, por ejemplo a los universitarios españoles, ¿qué es lo que más importa para elegir pareja? La mayoría responderá, el amor.

Lo curioso es que si preguntásemos en Brasil o en Japón, el resultado no sería el mismo. Y si investigamos más a fondo, el amor no es el único criterio para elegir pareja. Parece ser que el amor y la atracción mutua son factores comunes a todas las culturas, pero tampoco faltan otros como que la persona sea digna de confianza, que tenga buena salud, que sea estable emocionalmente, que tenga un temperamento agradable, que sea inteligente o que pueda generar bienestar económico.

PARA EL ACOMPAÑAMIENTO

- En una relación de pareja saludable es necesario que cada miembro sea consciente de sus motivaciones a la hora de elegir pareja, así será posible comunicarse entre ellos qué esperan del otro. Las expectativas ocultas pueden dañar la relación y hacer que la pareja se sienta engañada o manipulada.
- La elección de pareja tiene en cristiano una lectura vocacional que debe ser acompañada: al elegir con quién caminamos en la vida escogemos una vocación específica compartida (el matrimonio) y alguien que respeta nuestra vocación personal.

- No hay que olvidar que esta experiencia de ser elegido, o su contrario, la experiencia de rechazo por parte de la pareja, nos sitúan ante las vivencias amorosas donde se refuerza o daña nuestra necesidad esencial de ser amados. Acompañar en la fe es profundizar en estos momentos la experiencia del Amor incondicional que Dios nos tiene.

El ideal de pareja

Según Louis Janda y Kaen Klenke-Hamel, al buscar pareja examinamos a los candidatos potenciales con filtros cada vez más finos para eliminar las opciones que no nos interesan. Primero habría unos filtros muy generales de atractivo que son básicamente de los que hemos hablado hasta ahora, pero luego aparecen filtros culturales que son progresivamente más exigentes: filtro de proximidad residencial, filtro de complementariedad y semejanza, filtro de atractivo interpersonal y filtro de compatibilidad. Aunque estos estudios se han realizado principalmente en Estados Unidos, nos llevan a conceptos muy interesantes. Por una parte está el de **gradiente matrimonial**; se trata de un estándar social que determina quién se casa con quién. Este concepto explicaría, por ejemplo, porqué los hombres tienden a casarse con mujeres ligeramente más jóvenes, más bajas y de menor estatus, y las mujeres con hombres ligeramente mayores, más altos y de mayor estatus. Por otra el principio de **homogamia**, por el cual hay cierta tendencia a casarse con alguien similar edad, raza, educación, religión y otras características demográficas básicas.

No es el lugar de analizar los problemas que conllevan estas tendencias, pero esto no reduce su interés en nuestro mundo cambiante.

Gracias a Dios, el amor supera los gradientes y los principios sociológicos, siendo en toda ocasión un misterio y un camino único para cada pareja.

PARA EL ACOMPAÑAMIENTO

- Los cambios culturales y sociales que trae la inmigración, la interculturalidad, las redes comunicativas y la globalización en general, generan la necesidad de ayuda en las parejas que se salen de los estándares del gradiente matrimonial y de la homogamia, sobre todo para tomar conciencia de los las inercias sociales a las que tienen que enfrentarse al construir su pareja.
- Mirar con sentido crítico las idealizaciones y las expectativas que proyectamos en nuestra pareja, puede ser una vía para aprender a desprendernos de las falsas imágenes que nos hacemos de Dios y profundizar en la relación con el Dios de Jesús.

Estilos de apego, modelos familiares y pareja

El apego e el vínculo emocional positivo que se desarrolla entre el/la niño/a y un individuo particular (generalmente la madre). Phillip Shaver y sus colaboradores, nos hablan de la permanencia e influencia de los estilos de apego en la adultez y cómo afectan a las relaciones de pareja. El análisis de las siguientes afirmaciones puede acercarnos a su investigación.

1. Encuentro relativamente fácil acercarme a otros y me siento cómodo/a al confiar en ellos y que ellos confíen en mí. No suelo preocuparme por ser abandonado ni porque alguien se me acerque demasiado.
2. Me siento algo incómodo estando cerca de los demás; me resulta difícil confiar en ellos por completo y permitirme depender de ellos. Me pongo nervioso/a cuando alguien se acerca y a menudo mi pareja amorosa quiere que tenga más intimidad de lo que me resulta cómodo.
3. Encuentro que los demás se encuentran reticentes a acercarse como yo quisiera. A menudo me preocupa que mi pareja en realidad no me ame o no quiera estar conmigo. Quiero fundirme por completo con otro ser y este deseo en ocasiones ahuyenta a esa persona.

El acuerdo con la primera afirmación refleja un estilo de apego seguro (relación saludable, positiva y confiada con sus cuidadores en la infancia) entran con facilidad en relación y se sienten felices y confiados a cerca del éxito futuro de estas. En caso de que su pareja necesite ayuda tienden a brindar un cuidado sensible y mayor apoyo, respondiendo a sus necesidades psicológicas.

Los adultos que escogen la segunda aseveración suelen tener un estilo de apego evasivo (fueron bebés relativamente indiferentes hacia quienes los cuidaban y evitaban la interacción con ellos) tienden a invertir menos en las relaciones, presentan tasas más altas de ruptura y a menudo se sienten solitarios. Su ayuda a la pareja en caso de necesitarla puede ser menos sensible y equívoca.

La última opción refleja un estilo ambivalente (mostraban en sus primeros años gran malestar cuando se separaban de la persona cuidadora y parecían enojarse cuando esta regresaba) con una tendencia a involucrarse abiertamente en las relaciones, con rupturas repetidas con la misma pareja y con una autoestima relativamente baja. Si su pareja necesita ayuda su respuesta puede ser compulsiva e intrusita.

Sin entrar en un mundo tan rico y técnicamente muy iluminador que la sistémica aporta a la vida de pareja (seguro que Antonio Ríos ofrecerá una visión muy interesante desde esta perspectiva) las estructuras vividas en las familias de origen de cada miembro de la pareja ofrecen patrones y expectativas que influyen claramente en el día a día de la relación. Solamente me gustaría mencionar que la aportación de la terapia sistémica aplicada a la pareja no es sólo una herramienta

curativa, sino que puede aportar interesantísimos elementos preventivos en la construcción saludable de la relación de pareja.

PARA EL ACOMPAÑAMIENTO

- Quienes experimentan dificultades en sus relaciones de pareja pueden encontrar una ayuda inestimable en quien pueda acercarlos con profesionalidad a su infancia para identificar la raíz de sus problemas.
- Orientar sobre la influencia de las estructuras vividas en las familias de origen de cada miembro de la pareja, así como el conocimiento de la familia extendida y las diferencias y semejanzas culturales, de valores y costumbres que cada uno trae consigo, puede prevenir y acompañar muchas situaciones problemáticas.
- No es una mala ocasión para sanar nuestras malas experiencias con la fe y los “testimonios” que nos han traído escándalo o alejamiento de la Iglesia, en nuestra infancia y juventud.

La soledad

La soledad, vista desde el punto de vista negativo, es uno de los temores que están presentes en los jóvenes y en la primera adultez: “¿seré capaz de mantener una relación de pareja?”, “¿me voy a quedar solo/a en la vida?”, “¿y si me dejan cómo sobrellevaré el abandono?”.

Es una paradoja que en la sociedad que favorece el individualismo y el éxito profesional y social, por encima de la pareja, la familia o del crecimiento personal, se mantenga y refuerce la idea de fracaso personal si no se tiene pareja.

Desde edades muy tempranas se relaciona la imagen de la persona exitosa con la de quien consigue tener una pareja. De hecho, entre los adolescentes y jóvenes la imagen de éxito en las relaciones sexuales y el atractivo sexual, el hecho de “estar saliendo con alguien” son más valorados que sus contrarios.

Detrás de todo esto convendría analizar el concepto de relación y de persona que puede estar dominando. Quizá en todo ello habite un embrión de infelicidad en el presente y en el futuro de muchos jóvenes.

Pero hay otra SOLEDAD que no hemos de dejar pasar, por alto, aquella que es imprescindible para la madurez humana, para el desarrollo de la auténtica intimidad, para el encuentro con Dios: la soledad del que sabe tratar consigo mismo, del que protege y desarrolla su interioridad.

PARA EL ACOMPAÑAMIENTO

- Conviene una educación preventiva que eduque para tolerar las dificultades que trae consigo la soledad. Es invertir en madurez ayudar a que los jóvenes soporten un mayor umbral de soledad a la vez que aprenden a relacionarse en la amistad y en el amor.
- Educar en la riqueza de la propia soledad es acompañar una interioridad auténtica y rica.
- En lenguaje psicológico es el momento de conocer y afrontar nuestras heridas narcisistas y de descubrir que hay en cada uno/a de nosotros/as una fragilidad que puede transformarse en la puerta por la que Dios entra en nuestras vidas.

A modo de comentario final

El tratar de dar algunas pistas para el acompañamiento de parejas que se viven como novios y que quieren caminar juntos por la vida es, por lo menos, incauto.

Al escribir estas letras soy consciente de que todos los estudios sobre el momento evolutivo en que se da el noviazgo están muy mediatizados por la ideología de quien los realiza. Si bien los estudios desde la infancia hasta la adolescencia tienen cierta “neutralidad ideológica”, todo lo referente a el momento evolutivo de la juventud y las primeras etapas de la adultez viene muy marcado por las creencias, la visión política-económica-cultural del quienes los realizan. Tampoco me libro de ello.

Comparto por ello una convicción: creerse neutrales en el acompañamiento de este periodo es ingenuo. A mi modo de ver, la mejor manera de ser congruente acompañando a los jóvenes en este mundo multicultural y mediático, es ofrecerles lo mejor de nuestras creencias y de nuestros conocimientos, pero sobre todo lo que a nosotros nos ha sido valioso y válido en la vida. Después, acogeremos su libertad, sus procesos y su forma de vivir y amar única, con admiración y devoción, con la convicción de que Dios nos habla así, en ellos.

Con toda la intención he mezclado consideraciones psicológicas y teológicas, así es mi formación y así funciono en la vida.

Y, finalmente, pido disculpas por el atrevimiento que da el cariño.

Testimonios sobre el envejecimiento

Francisco Álvarez³¹

Son experiencias de vida, concretas como el pan. Sus protagonistas son ancianos y ancianas consagrados/as, muchos de ellos en situación de enfermedad. Están sacadas en buena parte del dossier de documentación, preparado para el Día del Enfermo de 1997, bajo el título “El anciano enfermo en la sociedad y en la Iglesia”. Les doy las gracias por habernos hecho partícipes de sus experiencias, y les pido excusas por publicar sólo algunos fragmentos de sus textos. Se recoge también algún testimonio de provinciales y cuidadores.

“Estoy a punto de cumplir 95 años. Pertenezco a una congregación dedicada al servicio de los enfermos. Me siento verdaderamente privilegiado porque mi vida ha estado colmada por la bondad del Señor. He llegado a esta edad sin haber experimentado enfermedad grave alguna. Siento que mi cuerpo me pesa, camino con dificultad, me duermo con frecuencia, pero mentalmente estoy todavía despierto, puedo leer y escribir. Dejé mi ministerio habitual a los 82 años, pero todavía presto algún servicio. (...) Siento una gran paz interior y, con frecuencia, le digo al Señor: “Padre, cuando tú dispongas, llámame “ (J.M.M.).

“Paso muchas horas sentada en el sillón de mi habitación. Veo las gaviotas, oigo el ruido de la calle. (...) Mi enfermedad y los años me han alejado de la vida activa. Pero ¡qué otra cosa podía esperar a los 85 años!. Ahora sé que soy un peso para las Hermanas. Ellas andan atareadas todo el día. Rezo por ellas y pido al Señor que les conserve la salud. ¡Pobrecitas! Les estoy agradecida. Nunca pensé que me querían tanto. Estoy a gusto aquí, pero algunas veces me asustan tantas horas de soledad” (M.D.F.).

³¹ Material elaborado por el religioso camilo Francisco Álvarez, publicado por los cuadernos Frontera-Hegian con el título *Salud y ancianidad en la vida religiosa, ¿ocaso o plenitud?*

“En mis acciones de gracias -y perdón por mi personalismo- le suelo decir al Señor: «Señor, aquí estoy con mi alforja medio vacía de méritos y virtudes, y muy llena de infidelidades a lo largo de mis 84 años. No te acuerdes de mi pasado que es bien pobre. Señor. Aquí estoy con mi voz ya casi apagada de proclamar tu Evangelio por aquellos 399 pueblos de España, de Africa y América. Sobre el “pastel” muy dulce de las 99 Santas Misiones predicadas, Tú tienes que poner la guinda de esta centésima Misión que me estoy predicando a mí mismo, con la ayuda efficacísima de esta mi artrosis progresiva, y esta mi silla de ruedas, que saben tantas cosas de mí. Esto es, Señor, lo que puedes ver en mi barca. Señor, por cuanto soy, gracias te doy. Aún me estás dando mucho positivo: una mente lúcida para entenderte; unos labios para rezarte; una memoria para recordar tus beneficios; una voluntad para quererte, y un corazón para amarte. Y gracias, Señor, también por lo negativo que hay en mí. Por todas mis carencias, mis dolores, mi falta de libertad y movimiento. Ellas me están ayudando a santificarme, pues de continuo me recuerdan que tú eres el Señor, el dueño de mi salud, de mis miembros todos, y dispones de lo tuyo según tu voluntad y providencia» (F.V.M.).

“Soy un religioso (..), sacerdote y misionero durante cuarenta años en América Latina. Hace poco más de tres años me visitó la “hermana enfermedad” en forma de una semiparálisis originada por dos ataques cerebrales en poco más de un año, que me afectaron la locomoción, el habla y la masticación deglución. En la actualidad tengo 68 años (..).

Mi mejor experiencia en la enfermedad ha sido hasta ahora la amistad, tanto dentro como fuera de la Orden. Sentirme amado me ha hecho muchísimo bien, porque el amor no tiene otra fuente que Dios; y Jesús, para expresar su afecto a sus discípulos usa la palabra “amigo/s”. Ellos me aman porque Dios me ama. La amistad es también, en cierto modo, un sacramento. De paso, la amistad me mantiene activo y por tanto es una continua terapia, ya que escribo centenares de cartas, con música de fondo y a maquinilla, aunque ello sea con una mano bastante torpe y la otra no muy sana (..).

La enfermedad me ha servido para meditar en lo bonita que ha sido mi vida y lo mucho que me han enriquecido las muchas experiencias de gentes y países” (E.A.).

“Soy una religiosa enferma (...). A los dos años de mi estancia en el Monasterio veía realizados mis grandes deseos de consagrarme al Señor a través de mis votos temporales. Día éste de grandes ilusiones e ideales, de entusiasmos y felicidad. Al ir transcurriendo los años, he querido agradecer al Señor diariamente el don de la vocación, derroche de amor, a la vez que me he dado cuenta de que mi entrega a El en este día no fue generosa e incondicional, le puse cortapisas a su obra en mí. Le dije que estaba dispuesta a todo lo que El quisiera de mí, incluso a morir en aquel día

si no le iba a ser fiel en mi consagración y añadí: todo menos la enfermedad. Y fie ésta la que se me dejó sentir cuando aún no habían transcurrido los dos meses de aquella entrega que siempre he calificado un tanto limitada e imperfecta.

A partir de ese día, el dolor y el sufrimiento han sido mis compañeros inseparables y en ello he ido descubriendo esa mano de Dios que con su amor de Padre, me ha marcado la ruta tras las huellas sangrantes de Cristo hasta cuando El quiera consumir mi sacrificio” (M.G.).

“En este momento vivo en una residencia con un grupo de compañeras enfermas psíquicas como yo. (...) Hace un poco más de un año que vivo con ellas. He tenido mis dificultades, por causa de mi carácter exigente y poco conformista, con mis compañeras.

Vivo habitualmente los valores de la verdad, la humildad, la comprensión, el discernimiento, y sobre todo la aceptación de mi enfermedad, que me cuesta bastante por ser mayor de edad.

Desde que estoy hospitalizada en este “purgatorio psiquiátrico”, he pasado por circunstancias muy dolorosas, pues me costaba mucho aceptar las deficiencias enfermizas mentales de las demás pacientes. He llegado a desear morirme. He tenido muchas dificultades desde que estoy hospitalizada, y sigo teniéndolas con las pacientes con las que vivo en la actualidad. Por ello pido al Señor la salud para incorporarme pronto a mi comunidad religiosa (...).

Nosotros los enfermos tenemos nuestros valores, nuestros derechos, nuestros modos de conducimos en la vida, de agradecer a aquellos que nos cuidan en hospitales, clínicas, residencias, atendiéndonos física, psíquica, moralmente. Somos hombres y mujeres con esperanza y agradecemos todo aquello que los demás hacen por nosotros. La verdad nos hace libres. (T.M.R.).

“Fui ordenado sacerdote en 1902 y declaro, habiendo llegado a los 94 de mi vida, que he conocido, experimentado y saboreado a lo largo de mi larga carrera una de las alegrías más profundas de mi vida, una alegría que no puede expresarse con las palabras del diccionario.

Permítaseme decir esto: la alegría de representar, aunque indigno, a Cristo entre los hombres, al Cristo en el altar y a Cristo a lo largo del camino; la alegría de tener en los labios todas las verdades que necesitan mis hermanos, y en las manos todo el perdón que desgraciadamente necesitamos; la alegría de tener el corazón libre de las cosas terrenas para recibir “sin turbación” todas las tristezas y compartir todas las pobrezas; la alegría de poseer, a falta de una familia natural, una larga familia espiritual, siempre en crecimiento, siempre cálida, compuesta por todas las almas

que el Señor me ha confiado como intérprete suyo para conducirlos a su intimidad y animarlos por el sendero angosto de la santidad.

Hace ya 71 años que es mía esta felicidad, sin nubes, sin eclipses, lo que no quiere decir sin sufrimientos (ya el Maestro nos previno). Y esta felicidad se completará, indudablemente sin tardanza, con otra alegría; o, mejor dicho, no con otra, porque en el fondo es la misma, la de echarme en los brazos del Salvador y en los de su divina madre poseído finalmente y por entero» (N.N.).

“Cuando, hace 25 años me diagnosticaron una esclerosis múltiple, mi vida cambió radicalmente. Por fuera, sí; pero sobre todo por dentro. Tuve que abandonar mi trabajo que me absorbía y encantaba, y empezar una vida cada vez más sedentaria. En estos momentos no puedo prescindir de la silla de ruedas. Sin embargo, creo que el mayor cambio fue el que no se ve y que nos fácil comunicar (...).

Con esta enfermedad de evolución imprevisible ha cambiado mi escala de valores, han cambiado mis seguridades, de las que sólo me queda una: Dios. Pero esta seguridad es tan fuerte que a veces me sorprende haciéndome esta pregunta: Si me dijeran qué me hace falta para ser feliz ¿qué contestaría? Y la respuesta es que no sabría qué contestar, porque ¡no me falta nada! (...). Cuando gozaba de buena salud, no paraba. Pienso que alguna vez me llegaría a quejar incluso de exceso de trabajo. Ahora, sin embargo, como son muy pocas las cosas que j puedo hacer, cuando alguien me pide que le ayude en algo, siento que brota en el fondo de mi corazón un ¡gracias! Y es que el poder hacer algo útil para los demás es para mí un regalo de Dios. Creo que en este mundo tan estresado, es ésta una experiencia que los enfermos tenemos casi en exclusiva (...). He tenido que renunciar a hacer proyectos de futuro, pero vivo intensamente el momento presente, sintiéndome siempre colgada, necesariamente colgada de la mano de Dios. ¿No es esto maravilloso?” (C.P.).

“Ahora, ya agotado el cuerpo, enfrentado a la muerte que se aproxima, me acuerdo muchas veces de aquella superiora a la que Bernanos hace exclamar patéticamente en sus últimas horas: 'Tantos años meditando sobre la muerte y ahora no me sirve para nada'. Por insignificante que haya sido mi vida, confío que el Señor me guardará de la sensación de fracaso, de inutilidad. (...). Ante los supremos interrogantes, más que pedirles respuestas a los libros, observo mi- cuerpo caduco, mi tranquilo corazón. “A la tarde me examinarán de amor”. (R.B.).

“Ver a estos religiosos caminar serenamente hacia el final, escucharlos mientras oran y dicen “Ven pronto, Señor Jesús”, verlos saborear una vida que concluye y

comprobar el progresivo deterioro de sus cuerpos, me permite captar el perfume de una vida interior que muchos han cultivado y que por un falso pudor masculino nunca han manifestado.

Todo esto ha influido en mi vida de oración, en su forma y profundidad. A veces me acerco a la cama de un hermano, a quien el Alzheimer ha convertido en un niño balbuciente, inconsciente, llagado, mudo. La cruz desnuda situada a la cabecera de su lecho me recuerda que el Crucifijo no está allí, en la cruz, sino tendido en la cama. En silencio acaricio a este Cristo sufriente y trato de transmitirle bondad, presencia, amistad. Estos momentos son para mí como una visita al Santísimo. Son más intensos que cuando me arrodillo delante del Sagrario.

En este último año tres hermanos han concluido su caminar por este mundo. Les he dicho adiós con el corazón roto y los ojos húmedos. He llegado de verdad a quererlos. Probablemente es un privilegio poder acompañar a estos enfermos en el último trecho de su vida. Ellos (...) han enriquecido mi experiencia de fraternidad, mi experiencia de Dios” (A.G., responsable de una residencia para religiosos ancianos enfermos, y casa de formación de religiosos jóvenes).

“En nuestra Provincia, la atención que prestamos tanto a las hermanas mayores como enfermas es integral, abarca la vida comunitaria -con su proyecto comunitario donde se incluye la animación y atención espiritual adecuada a sus necesidades-, los aspectos sanitario-asistenciales, la ocupación del tiempo libre en colaboraciones voluntarias (...), en trabajos manuales para ayudar a campañas misionales. De cara al futuro hemos de ir consolidando las comunidades constituidas para hermanas mayores y enfermas, perfilar su quehacer diario dentro de las posibilidades de cada hermana”. (Superiora Provincial).

“... Nosotros no tenemos una tradición sanitaria. No es fácil encontrar hermanos que vayan a esa comunidad (casa dotada de enfermería). El mayor problema es cómo llenar el tiempo de unas personas que no son capaces de hacer nada o no sabemos encontrar las ocupaciones a su alcance. Cada uno necesitaría alguien que lo estuviera distraendo. (...) Las perspectivas de futuro son negras. Cada vez va a haber más enfermos y menos personal religioso que lo pueda cuidar. Los recursos de la Provincia disminuirán con la falta de sueldos. Será muy difícil afrontar la situación de soledad y aburrimiento en el que se sumergen. Tan sólo si somos capaces de crear un voluntariado numeroso entre los religiosos y seculares podremos atender mejor a nuestros enfermos (...). El gran reto es cómo preparar al religioso para la vejez y la enfermedad”. (Superior Provincial).

“Nuestra Provincia cuenta con un buen número de hermanas mayores (...). Mientras pueden seguir incorporadas a una comunidad, sin que interrumpen el ritmo de la misma, van haciendo algún servicio en la casa y de voluntariado en el exterior, de acuerdo con sus posibilidades. En otro momento pasan a formar parte de una “comunidad de mayores”. Tenemos cuatro en la Provincia; en ellas la estructura física y el ritmo de vida están adecuados a su realidad. En una de estas comunidades se han construido un piso de enfermería, con todas las instalaciones apropiadas y es atendido por hermanas enfermeras, jubiladas en su mayoría. Cuando alguna sufre algún deterioro profundo y prolongado, se la ingresa en una Residencia Asistida, atendida por nuestras propias hermanas. En cuanto a la vida fraterna y espiritual, se encuentran felices porque gozan de todo tipo de atenciones y, en general, viven en plenitud su consagración. Ocupan algunas horas de su tiempo en talleres con fines misionales, y, por medio de la oración, se sienten muy vinculadas a toda la actividad evangelizadora de la congregación; se las informa continuamente de cuanto acontece en la vida de la familia” (Superiora Provincial).

“En principio nuestros ancianos, humanamente hablando, tienen mejor fortuna que muchos seglares de su misma edad. Mientras no necesitan cuidados continuados de enfermería y gozan de una razonable autonomía en las actividades de la vida diaria, permanecen en la comunidad donde residen e incluso, en algunos casos, pueden elegir comunidad. (..). De cara al futuro, en nuestra Provincia (y seguramente en muchas congregaciones) los próximos quince años van a ser críticos, pues hay toda una “hornada” de gente envejeciendo. No es fácil saber envejecer, ni atender y comprender a los ancianos. (...). Creo que, en un próximo futuro, los costos (humanos, apostólicos y económicos) de nuestro envejecimiento van a ser grandes (Superior Provincial).

“Dado el envejecimiento de nuestras comunidades, es de prever un clima en el que las debilidades personales se vayan manifestando cada vez más. Esta situación puede crear sobrecarga de preocupaciones y trabajos a algunos miembros más jóvenes. Y puede, por otra parte, ser una llamada a la fraternidad en situaciones de pobreza personal, y, por tanto, un elemento de cohesión comunitaria” (Superior Provincial).

De cara al futuro, no podemos “descuidar este servicio de caridad a la hermanas, signo también importante en una sociedad en que se prodigan los casos de abandono e individualismo egoísta. Pero se ve claro que es necesario buscar formas para que, respondiendo a esta realidad, no se agoten los recursos de personal en esta dedicación (...). La realidad de una vida larga se presenta como un desafío. Por un lado está la búsqueda de una mayor calidad de vida en esta etapa de la existencia... Por otra parte, se ve la necesidad de estar alerta, para no caer en el extremo de cuidarnos tanto que nuestra vida, que está ofrecida a los demás, se convierta en vivir para cuidarnos” (Superiora Provincial).

Retos y desafíos de la familia actual. Consideraciones de carácter etiológico³²

Carmen Álvarez Alonso³³

“Una nación avanza en la misma dirección por la que camina la familia, y cuando la integridad y la estabilidad de la vida familiar se pone en peligro, otro tanto sucede con la estabilidad de la nación”. Con estas palabras, Juan Pablo II reafirmaba proféticamente, hace ya años, la importancia social, cultural y civil de la familia, considerada como un valor irrenunciable del Bien común de una nación. Todos sabemos que el alcance e influjo de la institución familiar va más allá del ámbito meramente religioso o eclesial, y esto hace que también la importancia de la pastoral matrimonial y familiar supere los límites del ámbito meramente religioso y evangelizador. En realidad, puesto que es la persona humana en su integridad la que está en juego, la pastoral del matrimonio y de la familia también debería concebirse y planificarse como un servicio no solo circunscrito al ámbito religioso o eclesial sino abierto al Bien común social, cultural y civil de cada nación.

1. Consideraciones preliminares

Asistimos, sin embargo, a una gran variedad de situaciones, factores e incidencias sociales, que generan una multiplicidad de problemas pastorales en torno al matrimonio y a la familia. Ya el concilio Vaticano II se había referido a ellos en el n. 47 de *Gaudium et spes* y, años más tarde, en continuidad con el documento conciliar, también Juan Pablo II iniciaba la *Familiaris consortio* considerando las luces y sombras en las que se encuadra la situación histórica actual que vive la familia. En su discurso de clausura de la pasada III Asamblea general Extraordinaria del Sínodo de los obispos, el Papa Francisco se refería de una manera muy concreta a las dificultades y desafíos frente a los cuales la familia está particularmente llamada a dar una respuesta. Y los *Lineamenta* para la XIV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de obispos, que se celebrará en octubre de este año, ofrecen una detallada

³² Revista “Familia” 51 (2015) 83-102.

³³ Miembro de la Real Academia de Doctores de España. Profesora en la Facultad de Teología san Dámaso (Madrid). Profesora en el Pontificio Instituto Juan Pablo II (Madrid)

enumeración de problemas y situaciones, de muy diversa índole y naturaleza, que afectan a la pastoral matrimonial y familiar. El documento agrupa, por una parte, los retos y desafíos derivados del contexto social, cultural y religioso, entre los que cabe destacar el profundo cambio antropológico-cultural, la proliferación de un individualismo exasperado que debilita la cultura familiar, las dificultades derivadas de la crisis económica y demográfica, o algunos contextos religiosos y culturales particulares, que hacen especialmente difícil la supervivencia de la familia. Por otra parte, los *Lineamenta* enumeran también algunos retos y desafíos que se refieren de una manera más concreta a la pastoral matrimonial y familiar. Entre ellos cabe destacar, por ejemplo, la crisis de fe que afecta internamente a muchos católicos y que está en la raíz de muchas crisis matrimoniales y familiares. En estas situaciones no solo queda interrumpida la transmisión de la fe en familia sino que, aún peor, se produce una grave separación entre la vida de fe y la vida conyugal y familiar.

En cualquier caso, a la hora de plantear los retos y desafíos que afectan hoy en día a la familia, no debemos caer en la fácil dicotomía que separa, por una parte, los problemas que afectan a la institución familiar en general y, por otra, los problemas que afectan a la familia cristiana en particular. Por el contrario, se trata más bien de considerar cómo los problemas, dificultades y desafíos que afectan a toda institución familiar son vividos, o no, desde la óptica de la fe y a la luz del plan de Dios sobre el matrimonio y la familia que conocemos por la Revelación, o bien, son vividos al margen de la fe y desde otras instancias culturales, ideológicas, políticas, religiosas, etc.

Por otra parte, esa gran variedad de dificultades y desafíos puede convertirse también en un límite y una barrera. El diagnóstico de la situación familiar actual es de tal complejidad y la coyuntura histórica, cultural, social o económica parece ser tan irreversible e incontrolada, que se hace difícil liderar una acción pastoral adecuada y coherente, capaz de hacer frente a esta compleja situación. Esto trae como consecuencia inmediata el hecho de que, a medio plazo, se va perdiendo impulso evangelizador. Pero, además, se promueve una actividad en favor del matrimonio y de la familia fragmentada e incluso precipitada, marcada por la necesidad de dar respuesta a las urgencias pastorales. A la larga, este tipo de acción, quizá excesivamente aplicativa, no resulta tan eficaz como sería deseable, o por lo menos no llega a tener el calado suficiente como para contrarrestar o cambiar la difícil realidad matrimonial y familiar.

En mi opinión, se hace necesario un esfuerzo no solo pastoral, es decir, en el orden de la acción, sino también teológico, es decir, realizado en el orden del origen y del fundamento. De este modo, llegaremos a diagnosticar no solo los síntomas sino también –y sobre todo– las raíces más profundas en las que están enraizados los males que aquejan al matrimonio y a la familia en nuestra época actual. Se trata, por tanto, de combinar sabiamente esas dos dimensiones, pastoral y teológica –o doctrinal–, si queremos que la familia ofrezca al mundo de hoy una respuesta, que

permanezca como roca firme frente al oleaje de las ideologías, de las modas culturales o de los vaivenes políticos.

El Papa Francisco, en la clausura de la pasada Asamblea General Extraordinaria del Sínodo, se refirió a esa tentación del «buenismo destructivo», que “trata los síntomas y no las causas y las raíces”. Esto significa que urge recuperar el método teológico-pastoral que Juan Pablo II expuso en aquellas famosas Catequesis sobre la teología del cuerpo y sobre el amor humano, como preparación al anterior Sínodo sobre la familia que se celebró bajo su pontificado, en el año 1981. Si el matrimonio y la familia hundan sus raíces en el misterio del *Principio*, es decir, en ese misterio originario de la creación, en el que el hombre fue plasmado a imagen de Dios como varón y mujer, hay que remontarse a ese origen para conocer cuál era –y cuál sigue siendo– el plan de Dios sobre el amor humano, el matrimonio y la familia. Solo desde esta Revelación del *Principio* podremos superar el nivel de los síntomas y llegar a las raíces más profundas de los problemas, para iluminar así toda la problemática actual en torno al matrimonio y la familia, tal como se proponía Juan Pablo II en el Sínodo del año 1981, y tal y como se propone el Papa Francisco para el próximo Sínodo de octubre de 2015. El criterio de la “remisión al Principio” nos sitúa, por tanto, en ese umbral de la Revelación que es el misterio de la creación del ser humano a imagen de Dios como varón y mujer. Este camino hermenéutico que consiste en “volver al *Principio*” sigue teniendo hoy perenne y vigente actualidad, por lo que debería ser una de las claves metodológicas más importantes que más ayuden a conseguir los objetivos que se propone el próximo Sínodo.

Es mi intención, por tanto, tratar el tema de esta ponencia precisamente siguiendo esta indicación metodológica de Juan Pablo II, es decir, no abordando directamente los síntomas y la casuística, o si se quiere los retos y los desafíos de la familia hoy, sino yendo a sus raíces más profundas. Me propongo, así, indicar –necesariamente de manera muy sintética y desde un enfoque primeramente teológico– los temas más radicales que, a mi modo de ver, están en el origen de muchos de esos problemas, retos y desafíos a los que se enfrenta la familia hoy.

2. Primer reto: la identidad teológica de la familia

La familia es ya, en sí misma, un reto y un desafío para ella misma. “Familia, sé lo que eres”, es la llamada a redescubrir la propia identidad, que Juan Pablo II lanzó en el anterior Sínodo sobre la familia del año 1981. La cuestión de la identidad teológica de la familia está vinculada, por un lado, al fenómeno actual de la secularización, y por otro, a la carencia de una elaborada y madura Teología de la familia en el seno de la reflexión eclesial. Los *Lineamenta* del próximo Sínodo apuntan indirectamente esta cuestión, cuando dedican los números 12-20 a considerar brevemente la familia en el plan salvífico de Dios y en los documentos del Magisterio, antes de entrar en las cuestiones más propiamente pastorales.

Así pues, es importante abordar la cuestión de la identidad de la familia desde sus diferentes aspectos; pero, no menos importante es integrar en esa reflexión la cuestión de su identidad teológica y revelada. Para ello, hay que resituar el punto de partida en el misterio del *Principio*, y más concretamente, en la teología de la imagen de Dios del hombre creado como varón y mujer. Esta teología de la imagen de Dios, que durante siglos ha recibido múltiples interpretaciones y exégesis, ha de abrirse necesariamente a la consideración de la familia como imagen de la Trinidad. Si la familia es un “don originario”, como afirmó en repetidas ocasiones Juan Pablo II, fundada en la diferencia sexual corpórea del hombre creado y en el don de la procreación, la cuestión de su identidad teológica pasa necesariamente por considerar su dimensión trinitaria y su ser a imagen de Dios Trinidad. De este modo, la familia estaría ya presente en el contenido revelado del misterio de la creación del hombre, si bien no de forma explícita sino derivada. Aquí está en juego la afirmación del fundamento revelado –o no–, que definiría en su mismo origen el misterio de la familia. Negado, o minimizado este fundamento en la revelación, la verdad sobre la identidad de la familia quedaría reducida al nivel arbitrario de un constructo social, a merced de las ideologías, o de la cambiante coyuntura social, cultural o educativa. Es lo que está sucediendo, desde hace ya décadas, con la implantación mundial de los principios de la ideología de género, según los cuales la familia es una institución coyuntural, representativa de un sistema cultural y religioso obsoleto, que hay que deconstruir.

A esta cuestión de la identidad teológica y revelada de la familia bien pueden reconducirse etiológicamente algunos de los retos pastorales recogidos por los *Lineamenta* del próximo Sínodo, como por ejemplo: la poligamia, las convivencias que no se encaminan a adoptar la forma de un vínculo institucional, el aumento de nuevos modelos de familia llamadas no tradicionales, el problema del núcleo familiar definido casi exclusivamente por el criterio de la convivencia o de la dependencia, las familias multi-generacionales, las familias puerocéntricas, la sustitución de la familia real por la familia afectiva, la ausencia familiar del padre, o el aumento del número de hogares monoparentales y unipersonales, a pesar del descenso de la población, como fenómeno que está ocasionando una redefinición del concepto de hogar.

En cualquier caso, creo que deberíamos evitar la falacia de hablar de múltiples y diversos “modelos de familia”, o múltiples y diversos “modelos de matrimonio”, como si todos ellos fueran socialmente indiferentes y, por tanto, equivalentes y elegibles. La cuestión de la identidad teológica y revelada de la familia contribuye a reforzar un principio fundamental: la pastoral familiar está llamada a anunciar la familia cristiana. Esta familia cristiana es la que es y, por lo tanto, no se puede identificar o confundir con ninguna otra realidad equiparable. No hablamos, por tanto, de familias “no tradicionales”, o de “familias irregulares”, sino de familias con una serie de carencias, que son las que la pastoral familiar debe acompañar y curar.

A la cuestión de la identidad de la familia se une también el tema de su vocación humana y cristiana. Por eso, la familia cristiana ha de tomar conciencia de que es el primer sujeto evangelizador en la pastoral familiar, tal como afirman los *Lineamenta* del próximo Sínodo. La vocación al amor es la vocación primaria y fundamental de la familia, su eje vertebrador. De hecho, la pérdida del sentido de Dios en nuestra cultura actual tiene mucho que ver con el modo frustrante y hasta decepcionante con que nuestra sociedad está viviendo la experiencia del amor. Hay, además, una profunda separación entre lo que el amor promete y lo que el amor cosecha en el día a día del matrimonio y la familia, en el que parece que pesan más las dificultades y obstáculos personales que los destellos de esa belleza infinita y grandiosa que encierra el misterio del amor. Por eso, creo que el principal reto evangelizador de la familia es dar testimonio del amor, hacerlo creíble a la Iglesia y al mundo, a partir del testimonio de la propia vida conyugal y familiar.

Ahora bien, hay dos ámbitos específicos y propios en los que la familia está particularmente llamada a dar testimonio del amor. En primer lugar, es propio de la familia la transmisión de la vida. Transmitir la vida no significa solo dar a luz un hijo; significa, sobre todo, generar una persona, es decir, insertarla en una historia y en una genealogía de amor que, más allá de la fecundidad humana de los padres, hunde sus raíces en la fecundidad divina del amor trinitario. Por eso, el segundo ámbito específico de evangelización de la familia es la educación en el amor. El ámbito más radical y natural en el que la persona humana va construyendo su almacén interno y su estructura afectiva es la familia. Esa es la principal tarea educativa de la familia; por eso se la ha definido como una verdadera “escuela de humanidad” y un “gran camino de comunión”. Ahora bien, la educación en el amor está íntimamente unida a la educación en la fe, pues la lógica de la fe es también la lógica del amor y de la comunión; no hay transmisión de la fe al margen de una lógica de entrega y de donación personal.

Los *Lineamenta* del próximo Sínodo dedican amplio espacio (nn. 9-10) a defender la necesaria ayuda que precisan los novios y los matrimonios para crecer en su dimensión emocional y en su desarrollo afectivo. Esa madurez afectiva de los esposos redundará, en primer lugar, en la transmisión o no de la vida, y, en consecuencia, también en la educación en el amor –o no– de los propios hijos. En este clima de madurez afectiva familiar, la labor de transmisión de la fe resulta a la larga mucho más eficaz. Creo que a la raíz del declive demográfico actual, o en el origen remoto de esa tremenda facilidad con que se han difundido e implantado las políticas antinatalistas, está la actual crisis de afectividad, una crisis emotivista que está generando un sujeto afectivamente frágil y débil. Allí donde se ha perdido la conciencia del don, como componente esencial del amor, se pone en peligro también la apertura a la vida y la vocación al amor.

3. Segundo reto: la sacramentalidad del matrimonio

En realidad, el verdadero problema de la familia, o al menos el más radical y originario, es el matrimonio. Muchos de los problemas –por no decir todos– que afectan a la institución familiar podrían reconducirse etiológicamente a los problemas relacionados con el matrimonio. Y los problemas relacionados con el matrimonio tienen un mismo origen en la cuestión de su naturaleza contractual y sacramental. Se trata de un problema que subyace, como su fundamento y origen, a todos los demás problemas de la familia y es, por ello mismo, un reto prioritario y primario dentro de la acción pastoral familiar. Juan Pablo II destacó ya esta idea, durante la preparación del anterior Sínodo del año 1981, y también es recogida en los *Lineamenta* del próximo Sínodo de octubre.

El oscurecimiento de la identidad sacramental del matrimonio y de su valor como contrato, de cuyo vínculo se generan derechos y obligaciones, ha llevado, de manera inmediata, a una plena aceptación social de la ruptura matrimonial y a una judicialización de las relaciones familiares. Por otra parte, uno de los fenómenos actuales sociológicamente más relevantes es la enorme dificultad que muchos novios sienten para pronunciar y vivir el “para siempre” en el amor. Preocupa, además, de un modo particular –al menos en Europa–, el hecho de que entre las parejas que han recibido el sacramento del matrimonio, y que frecuentan ambientes eclesiales, se está dando un tanto por ciento elevado de rupturas, separaciones y divorcios. Es fácil reconocer en este fenómeno un síntoma claro de esa “crisis de fe” de muchos católicos, a la que se refiere el n. 5 de los *Lineamenta*. Sin duda que el bien mayor que aquí está en juego es, además de la estructura jurídica del matrimonio, la realidad de la gracia del sacramento del matrimonio; pero este bien, desgraciadamente, para muchos matrimonios cristianos, o es desconocido o es infravalorado. Para muchos de ellos la sacramentalidad del matrimonio está vacía de contenido y de significado, o a lo sumo, entienden la gracia sacramental del matrimonio como algo extrínseco y ajeno a sus vidas, a sus crisis y problemas.

Desde hace décadas, se siente con mayor urgencia la necesidad de dar más espacio a la reflexión teológica y celebrativa del sacramento del matrimonio, rescatándolo del enfoque excesivamente canonístico que durante siglos ha predominado en estos temas. Esto significa, además, que hay que profundizar más en algunos temas de teología sacramental como la vinculación sacramental entre el matrimonio y la Eucaristía, el significado sacramental del consentimiento conyugal, la gracia específica del sacramento del matrimonio, la caridad conyugal, etc. Por ahí habría que iluminar muchas de esas situaciones que los *Lineamenta* reagrupan bajo la denominación de “familias heridas” (nn. 44-54), es decir, los separados, los divorciados no vueltos a casar, los divorciados vueltos a casar, las familias monoparentales, los matrimonios inválidos y nulos. El próximo Sínodo de octubre tendrá la labor de esclarecer el camino pastoral a seguir en estas situaciones.

Urge, por tanto, un esfuerzo doctrinal y teológico renovado, que profundice aún más en la naturaleza e identidad humana y cristiana del matrimonio, de modo que esa reflexión doctrinal sustente y acompañe la acción pastoral y evangelizadora. Si no caminamos así, podemos caer en la falsa disyuntiva que admite una especie de “verdad dogmática” diversa de la “verdad pastoral”, mucho más condescendiente y comprensiva con el sujeto, que a la larga generaría un dualismo entre la “ley moral” y una especie de “ley pastoral”, más idónea para enfocar y resolver las situaciones matrimoniales irregulares relacionadas con la cuestión de la indisolubilidad. Entrando en el callejón sin salida de este dualismo doctrinal y moral, no saldríamos del camino del legalismo: un legalismo que sustituye una “ley dura” por una “ley más comprensiva” y amoldada a cada situación y a cada sujeto.

La pastoral matrimonial y familiar no está llamada a crear nuevas leyes como respuesta a nuevas situaciones. Creo que nuestra misión va más allá. Estamos llamados a ayudar a cada matrimonio y familia a vivir en plenitud su vocación al amor, a desarrollar todas las potencialidades que encierra la gracia del sacramento en ellos y en el día a día de su vida. Urge ayudar a cada matrimonio y familia, para que sepan descubrir y vivir en el día a día de la vida conyugal y familiar esa belleza irresistible que encierra el misterio del amor humano.

4. Tercer reto: la naturaleza e identidad del amor conyugal

Muchas de las situaciones pastorales relacionadas con la identidad jurídica y sacramental del matrimonio se anudan en torno a la cuestión fundamental de la identidad y naturaleza del amor conyugal, es decir, ese amor específico y propio del matrimonio, en el cual se sustenta la comunión familiar. Ya el concilio Vaticano II dedicó el n. 49 de la *Gaudium et spes* a tratar del amor conyugal, algo, por otra parte, insólito e inusual en la historia de los concilios. Allí se señalaban los dos objetos propios del amor humano, que son la persona y el bien. El amor humano es siempre una realidad interpersonal; tiene siempre como fin a otra persona, que ha sido objeto de una elección. Pero, para el amor humano no es suficiente la persona, sino que hace falta, además, una dimensión objetiva, que es el bien. Por tanto, amar es querer el bien para una persona. Así lo afirma el documento conciliar antes citado, cuando dice: “El amor conyugal, por ser eminentemente humano, ya que va de persona a persona, abarca el bien de toda la persona” (GS 49). Ahora bien, la pregunta que surge aquí es: ¿cuál es el bien propio del amor conyugal? ¿Cuál es ese bien, único y común a los dos cónyuges, a través del cual se aman y se entregan mutuamente en la forma propiamente conyugal? Como respuesta diremos que ese bien conyugal, propio y exclusivo del matrimonio, es la comunión, ese llegar a ser “una sola carne” (cf. Gn 2,24) que, según el Génesis, es el contenido fundamental y la forma propia del amor conyugal.

Hay, sin embargo, tendencias culturales que pretenden imponer otros formatos de comunión, equiparables y asimilables al verdadero amor conyugal. Y no solo me

refiero a la ideología de género, o al pansexualismo, sino, sobre todo, a esa “cultura líquida”, caracterizada por la primacía de las “relaciones puras”, es decir, fugaces, inestables y cambiantes, relaciones que no generan vínculos ni compromisos entre las personas. El “amor líquido” es un amor idealista y narcisista; se identifica con el sentimiento y el afecto y queda reducido a una mera experiencia emocional y afectiva. A la larga, esta concepción del amor conduce a vivir centrados en uno mismo, con lo que se va debilitando la comunión en el matrimonio y la vida familiar. Este amor sin compromisos genera una interpretación romántica e individualista de la sexualidad, en la que el sujeto termina incapacitándose para el don y la comunión.

Creo que uno de los principales escollos y obstáculos con los que se topa la pastoral matrimonial y familiar actual es el “sujeto líquido”, es decir, el sujeto romántico y emotivista, afectivamente débil y frágil, que vive sumido en la soledad afectiva propia del individualismo. Por eso, es significativo que los nn. 9 y 10 de los *Lineamenta* insistan en la importancia de cuidar la vida afectiva de las parejas, acompañando a los novios y esposos en su maduración afectiva. Según el documento, se trata de conseguir que el camino de maduración afectiva iniciado en el noviazgo vaya culminando progresivamente en el mutuo compromiso y entrega entre los esposos dentro del matrimonio.

Estamos ante un reto que trasciende los límites de la familia y se convierte en un reto social y cultural, pues la educación en el amor a la que está llamada la familia es el contrapunto a esa cultura líquida, en la que domina la mentalidad emotivista, es decir, anclada en el amor adolescente e inmaduro, que hace de la emoción el criterio central de la moralidad de las acciones. Urge, por tanto, reconstruir el verdadero sujeto afectivo, un sujeto que sepa integrar toda su vida afectiva en la vocación al amor y en la lógica del don y la comunión. Urge encontrar formas nuevas y más eficaces de educación afectivo-sexual para los jóvenes y de preparación de los novios para el matrimonio, tal como señaló ya en su momento la *Familiaris consortio* n. 66, y como han vuelto a recordar los *Lineamenta* del próximo Sínodo, en su n. 39.

5. Cuarto reto: la cuestión de la diferencia sexual

El tema de la identidad y naturaleza del amor conyugal tiene como primer horizonte hermenéutico la cuestión de la diferencia sexual. La propagación generalizada de la ideología de género, junto con la difusión de una visión líquida y emotivista del amor, dificultan enormemente y hasta problematizan el valor antropológico que posee la diferencia sexual, en orden a la identidad personal y a la relación de diferencia con el otro. Por eso, junto con la tarea ingente de reestructurar el sujeto afectivo y de dar una mayor solidez a la preparación de los novios para el matrimonio, corre parejo este otro gran reto para la pastoral matrimonial y familiar que es la formación en el significado y en la vocación de la propia identidad sexual. Esta formación es especialmente urgente en el mundo de la educación y de la familia; pero, lo es también en el seno de la misma Iglesia, especialmente para

aquellos que tienen, o tendrán, una responsabilidad de cualquier tipo en el acompañamiento y guía de las familias.

Estas consideraciones nos sitúan ya en el núcleo de la pregunta antropológica que está en la base de la cuestión de la diferencia sexual: ¿la diferencia sexual define nuestro ser personal, o es un dato meramente morfológico y accidental?. La masculinidad y la feminidad, ¿son constitutivos de nuestra identidad sexuada o son un mero añadido cultural? Más allá del debate sobre la naturaleza y la cultura, la cuestión de la diferencia sexual es también una cuestión teológica, pues nos sitúa incluso en el corazón mismo de la teología de la imagen de Dios, clave de bóveda que sustenta el arco de la antropología católica. Si la identidad sexuada nos define en nuestro ser personal, ¿por qué entonces ese tema no ha sido estudiado y explicado en la historia de la teología de la imagen de Dios? ¿Qué significa, entonces, que el hombre, creado varón y mujer, es creado así, sexualmente diferente, a imagen de Dios?. En realidad, detrás de estas preguntas, detrás de la cuestión de la diferencia sexual, está en juego la comprensión de la persona, el significado y la vocación del cuerpo, el sentido de la sexualidad, la verdad del amor humano, el futuro del matrimonio y de la familia y, aún más, el acceso mismo al misterio de Dios.

La fuente bíblica más directa –si bien no es la única– para fundamentar el valor antropológico y teológico de la diferencia sexual se encuentra en Gn 1,26-27 y Gn 2,18-24. Ambos textos insisten, de diverso modo, en considerar la diferencia sexual como un elemento definitorio y estructural del hombre creado. La realidad de la condición humana no aparece creada sino en la unidad, a la vez que en la diferencia de sexos, y esta unidad en la diferencia es, además, constitutiva de la identidad e individualidad del hombre creado. El hombre del Génesis no es un hombre asexuado, sino que existe solo como varón y mujer, y de tal forma es así que, siendo la mujer tan hombre como el varón, los dos forman la unidad y la totalidad de lo humano. Ni lo masculino, ni lo femenino, por sí solos y al margen del otro, agotan en sí mismos todo lo humano, que solo se realiza en la unidad de los dos a la vez que en la diferencia. Pero, tampoco lo masculino, o lo femenino, por sí solos y al margen del otro, agotan en sí mismos toda la imagen de Dios en el hombre creado. La diferencia sexual expresa en la carne una invitación al encuentro y a la comunión y, por ello mismo, constituye en sentido propio una vocación y un camino de comunión.

Estos datos bíblicos, que reafirman la diferencia sexual del hombre creado, preparan la bendición que Dios dirigirá a la pareja humana primordial, para asegurarles su fecundidad y, con ella, asegurar también la perpetuación de la especie humana. Todo esto nos permite concluir que la diferencia sexual encierra dos significados básicos: la complementariedad y la fecundidad. Hablar de identidad sexuada masculina y femenina nos remonta, por tanto, al ámbito más estructural del ser humano, a lo que define al hombre en su integridad.

En mi opinión, urge allanar el camino hacia una interpretación trinitaria de la imagen de Dios en el hombre creado que, sobre el fundamento de la dualidad sexuada varón-mujer, pueda referirse también a las relaciones humanas de

paternidad, maternidad y filiación y, por lo tanto, fundamente la teología de la familia como imagen de la Trinidad. Con esto, nos situamos en las antípodas de la ideología de género, pero también en el corazón mismo de la revelación trinitaria en la creación. De hecho, la teología de la familia no tiene igual desarrollo según se incluya –o no– la diferencia sexual corpórea y la relación varón-mujer en el contenido de esa imagen de Dios. Si el hombre, creado como varón y mujer, es creado así, sexuado, a imagen de Dios, entonces el cuerpo y la diferencia sexual forman parte del contenido de esa imagen. Y, en consecuencia, la comunión familiar que deriva de la comunión conyugal, y que se fundamenta precisamente en la diferencia sexual corpórea, participa a su modo y es también imagen de la comunión trinitaria. Las relaciones familiares y la fecundidad humana que de ellas deriva tienen, así, una raíz y un significado trinitario, que permite fundamentar una relación de semejanza y desemejanza entre la familia y la Trinidad.

Este fundamento teológico y revelado de la cuestión de la diferencia sexual es vital para esclarecer la identidad y naturaleza del vínculo conyugal propio del matrimonio cristiano. La cuestión de la sacramentalidad del matrimonio reclama un análisis más profundo de los elementos que constituyen dicha sacramentalidad, entre los que se sitúa el consentimiento matrimonial que los esposos manifiestan en la celebración del sacramento. El “consentimiento matrimonial” es el acto humano por el cual los contrayentes se dan y se reciben mutuamente como esposos (cf. GS 48) y por el cual se da inicio al matrimonio entre un varón y una mujer. El consentimiento es la causa del matrimonio, porque solo la voluntad libre de los contrayentes puede dar lugar al matrimonio. Por tanto, una cosa es el consentimiento y otra el matrimonio. Una cosa es que el intercambio de los consentimientos entre los contrayentes sea elemento indispensable para que exista el matrimonio, y otra que el consentimiento se identifique con el matrimonio. Si se diera esa identificación, cuando desaparece el consentimiento, o cuando desaparece el sentimiento del amor, desaparecería también el matrimonio. El consentimiento, por tanto, funda el matrimonio y es un acto transitorio; el matrimonio, en cambio, es el efecto duradero de ese acto y permanece más allá del momento celebrativo del consentimiento. Son dos realidades diversas, aunque unidas entre sí por la relación causa-efecto, es decir, ese consentimiento matrimonial siempre y solo da lugar al matrimonio como un efecto permanente. El consentimiento matrimonial, por tanto, marca la línea diferencial entre lo meramente sexual y lo matrimonial o conyugal.

Ahora bien, el consentimiento matrimonial es un acto consciente y libre, que tiene como objeto la persona del otro en su conyugalidad, es decir, la persona del otro en cuanto que es sexualmente distinta y complementaria. Además, para que el consentimiento sea “matrimonial”, ha de estar dirigido al matrimonio y no a otras formas de convivencia. Así pues, tanto el consentimiento matrimonial como el propio matrimonio están de suyo orientados hacia la complementariedad de los cónyuges y hacia la fecundidad. Estos son los dos significados básicos de la diferencia sexual que, por otra parte, se presenta como esencial y estructural al consentimiento matrimonial. Por tanto, no se puede excluir de la estructura del

consentimiento matrimonial uno de los factores más esenciales que constituye la conyugalidad, que es la diferencia sexual. Como tampoco se puede excluir de la estructura del consentimiento matrimonial el hecho de que esté finalizado al matrimonio y que ese matrimonio sea un efecto permanente y duradero más allá del acto de los propios cónyuges. Un consentimiento entre dos personas que excluya el factor esencial de la diferencia sexual, excluye por principio la conyugalidad y, por tanto, necesariamente no puede ser considerado matrimonial. Ese consentimiento, por tanto, no causa del matrimonio, sino que tiene como efecto otra realidad distinta, otra forma de convivencia que, eso sí, las legislaciones de muchos países se empeñan en equiparar al verdadero matrimonio.

Los *Lineamenta* del próximo Sínodo dedican un epígrafe (nn. 55-56) a señalar la necesidad de que la pastoral matrimonial y familiar preste atención a las personas con orientación homosexual. Esta preocupación no es nueva, pues tanto Juan Pablo II como otros Dicasterios romanos competentes ya se habían referido a esta cuestión. Quizá lo que sí resulta novedoso es la problematización de la diferencia sexual, tal y como la plantea la ideología de género. Es verdad que la teoría de género se asienta sobre un planteamiento antropológico incapaz de asumir la subjetividad del propio cuerpo. Su antropología afirma una fragmentación entre el yo y el cuerpo que dificulta y hasta imposibilita que la experiencia del propio cuerpo sea significativa a nivel psíquico. Sin embargo, la cuestión del proceso de identificación con el propio sexo es decisiva para el camino de maduración afectiva que la propia vocación al amor. Frente a la persona de sexo opuesto, el hombre descubre con asombro que la diferencia es un don y un bien para los dos, es la promesa de un cumplimiento que ha de realizarse en la relación.

Urge, por tanto, fundamentar desde el punto de vista antropológico, jurídico y teológico, no tanto el tema de la homosexualidad sino, más bien, la cuestión, mucho más amplia, del significado de la diferencia sexual, integrando, además, las aportaciones de otras ciencias humanas. En esta cuestión nos encontramos otra vez con nuevos límites de fundamentación, pues ni la antropología ni, mucho menos, la teología, han elaborado aún el andamiaje necesario para iluminar la verdad, el significado y la vocación de la masculinidad y de la feminidad. Queda aún mucho camino por recorrer hasta llegar a elaborar una Teología de la masculinidad y feminidad, a pesar de que Juan Pablo II dejó allanado este camino de reflexión en numerosos documentos de su pontificado.

6. Quinto reto: el significado y la vocación del cuerpo

La crisis del matrimonio, que irrumpe con fuerza en la Modernidad, está vinculada a la pérdida del simbolismo del cuerpo y de la sexualidad. Es verdad que las ciencias humanas pueden abastecernos de muchos datos técnicos y precisos sobre la estructura de la sexualidad humana; pero, el conocimiento del valor personal y teológico del cuerpo humano, su vocación al amor, y el significado teológico que

encierra la sexualidad, en su masculinidad y feminidad, sólo se iluminan en plenitud desde la revelación y la Palabra de Dios. La cuestión de la diferencia sexual depende, en último término, del significado del cuerpo y de la sexualidad humana.

Ahora bien, el verdadero problema del cuerpo y de la sexualidad humana no se sitúa en el nivel biológico sino hermenéutico. La pregunta central es: ¿cuál es el significado fundamental del cuerpo? ¿Qué expresa su lenguaje, el lenguaje de la masculinidad y de la feminidad? La hermenéutica de la corporeidad sexuada se convierte así en el talón de Aquiles de las cuestiones relacionadas con el matrimonio, la familia y, en general, con la acción pastoral y evangelizadora en estos campos. La Teología del cuerpo inaugurada con las catequesis de Juan Pablo II sobre el amor humano está llamada a hacerse precursora y pionera de nuevos caminos, que tanto la investigación teológica como la acción evangelizadora deberán atreverse a recorrer, si quieren ser realmente eficaces.

La persona humana es el principio de unidad de todas las dimensiones que constituyen al hombre. Por tanto, afirmar la “primacía de la persona” significa reconocer que todas sus dimensiones individuales (instinto, emociones, sentimientos, voluntad, razón) están llamados a converger en una unidad, cuyo substrato fundamental es la persona. El cuerpo, por tanto, no es un añadido a la persona, porque nuestra antropología no es estructuralista, y tampoco algo de lo que podamos prescindir, porque nuestra antropología tampoco es la antropología de género. El cuerpo pertenece a la definición de nuestra persona, pero no como algo meramente material o superpuesto sino como algo esencial y estructural. Nuestro cuerpo, por tanto, es personal, es decir, es expresión de toda nuestra persona, la manifiesta de forma visible. Por eso, Juan Pablo II definió el cuerpo como “sacramento” de la persona, es decir, manifestación visible de una realidad invisible. Aquí está el verdadero origen de la dignidad del cuerpo: en que participa del valor de la persona, como parte esencial de ella, si bien siempre subordinado a ella.

Ahora bien, la persona ha sido creada a imagen de Dios, y como Él, capacitada y destinada para el don de sí. Por tanto, en el don del cuerpo se expresa y realiza el don de toda la persona. Se dice por ello que el cuerpo tiene significado esponsal, es decir, es capaz de expresar el don total de la persona como expresión personal del amor. El cuerpo tiene, por tanto, su propio lenguaje y participa de la vocación al amor propia de la persona. En su masculinidad y feminidad, el cuerpo lleva inscrita una llamada y vocación al don personal y a la comunión; pero, a la vez, esa característica sexual específica del varón y de la mujer expresan en la carne la forma y modalidad propia del don a la que cada uno está llamado. Varón y mujer están llamados a entregarse, pero no se entregan de la misma manera. Precisamente en su diferencia sexual, el varón y la mujer están llamados a descubrir en el lenguaje de su cuerpo y en la diferencia sexual la posibilidad y la llamada a una comunión. De este modo, el cuerpo sexuado revela a la persona algo esencial: no está llamada a la soledad sino a la comunión y al don de sí. En este contexto, se comprende por qué el lenguaje del cuerpo no es algo arbitrario o subjetivo, sino que es el lenguaje del don

de la persona. Así pues, la diferencia sexual tiene un significado que va más allá de lo meramente físico o genital, y pertenece al nivel personal más que al nivel biológico o fisiológico. La genitalidad no agota la sexualidad humana, que es una dimensión que abarca a toda la persona; pero, es la manifestación sensible de los dos modos de ser hombre, masculino y femenino.

Los *Lineamenta* del próximo Sínodo, hablando sobre la importancia de educar la vida afectiva, incluyen de manera acertada una referencia a la pornografía y a la difundida concepción utilitarista del cuerpo (cf. n. 10). Se trata de la punta de un iceberg que hunde sus raíces en una cultura cada vez más erotizada, en la que se entiende y vive el amor en clave hedonista y emotivista. En el fondo de esta situación está la emergencia de la persona, inseparable de la emergencia del cuerpo. De hecho, detrás de la actual visión pesimista del cuerpo y de la visión reducida y erotizada de la sexualidad se esconden nuevas antropologías antihumanistas, que buscan alcanzar la utopía de una humanidad perfecta que no necesite del cuerpo para ser hombre. La pastoral familiar está llamada a fomentar entre las familias una pedagogía del cuerpo, que incluya la dimensión del pudor y el sentido del don de la persona. Se hace también necesario cultivar entre los esposos una espiritualidad del cuerpo, que devuelva a la sexualidad y al acto conyugal todo el significado teológico y trinitario que les es propio. El significado y la vocación del cuerpo consitituye hoy uno de los nuevos areópagos en los que el matrimonio y la familia cristiana de una manera particular, están llamados a anunciar con urgencia el Evangelio del amor.

7. Conclusión

Ni el matrimonio, ni la familia son un problema, sino un evangelio. De ahí la importancia decisiva que la pastoral matrimonial y familiar tiene para la Iglesia y, a través de ella, para el bien común de una nación. Juan Pablo II intuyó esa centralidad de la familia, y afirmó que “entre los numerosos caminos, la familia es el primero y el más importante”. La familia es el camino de la Iglesia y, como apunté al inicio de esta conferencia, el camino de cada nación.

En la pastoral matrimonial y familiar se expresa de una manera particular el corazón de la Iglesia. Ese corazón es el corazón de una madre, no el de una institución o empresa. Y el amor de una madre no se explica: se ve, se adelanta, se pone en marcha sin necesidad de argumentar con muchas razones, pues se mueve con la única razón y lógica de la sobreabundancia del amor. La evangelización de la familia ha de caminar por la vía del testimonio; pero, un testimonio bien fundamentado en una antropología integral y en toda la riqueza doctrinal y experiencial que la Iglesia viene acumulando durante siglos en este campo. Yo suelo decir a muchos matrimonios que la verdadera pastoral matrimonial y familiar consiste en “dar envidia”. Aquello de san Agustín, “Ves la Trinidad si ves el amor”, bien puede aplicarse a la familia: “Ves la familia si ves el amor”.

🕉 Lectio Divina

«Le hará justicia sin tardar...»
Orar siempre, sin desfallecer

Juan José Bartolomé³⁴

Lectio sobre Lc 18,1-8

Lucas insiste ahora sobre la oración incesante,³⁵ con una parábola que recuerda de cerca la del impertinente pedigüeño (Lc 11,5-8) y que, como ella, pertenece a su tradición propia. Si la parábola del amigo inoportuno exhortaba a insistir contra viento y marea en la oración, ésta de la viuda impertinente se centra en persistir en la oración hasta conseguir lo que en justicia corresponde. El matiz, nuevo, es significativo: no se trata ya de importunar a Dios orando a destiempo sino de insistir en la oración sin desfallecer (cf. 1 Tes 5,17).

El evangelista sigue resaltando la certeza de ser escuchado que ha de embargar a quien rece. Pero aquí la exhortación se hace más urgente, la oración más perentoria, dado el contexto inmediato precedente, de contenido escatológico (Lc 17,22-37),³⁶ y la aplicación que cierra la parábola (Lc 18,8), mencionando la venida del Hijo del hombre, que se da por descontada: cuando él llegue, ¿encontrará esa fe/fidelidad que se ejercita como continua oración (cf. Lc 20,40.46)?

Con su pregunta, en efecto, Jesús no se dirige a los fariseos (Lc 17,20), sino a sus discípulos (Lc 17,22; 18,8b). En el actual contexto, por tanto, **la parábola exhorta a una vida de constante oración que ha de llenar el tiempo de la ausencia del Señor**. Mientras se esté esperando ver al Hijo del hombre y no llegue (Lc 17,22), es **tiempo de orar ininterrumpidamente** (Lc 18,1): la fidelidad personal surge y se alimenta en la oración mantenida.³⁷

³⁴ Texto inédito para Forum.com.

³⁵ Un motivo ya presente en la más antigua exhortación apostólica: 1 Tes 5,17; Rom 12,12; Flp 4,6; Col 6,18; 1 Tim 2,1-2.

³⁶ Lc 17,22-37 ha sido llamado “pequeño apocalipsis” (J. KREMER, *Lukasevangelium. Kommentar zum Neuen Testament mit der Einheitsübersetzung*, Würzburg, 1988, 171).

³⁷ “Si la fe flaquea, la oración desaparece... La fe es la fuente de la oración..., no puede fluir el río cuando se seca el manantial del agua” (AGUSTÍN, *Sermón* 115,1: PL 38, 655).

Lectura

La parábola (Lc 18,2-5), fácil de entender, va precedida (Lc 18,1) y comentada (Lc 18,6-7) por sendas intervenciones de Jesús, que ofrecen la interpretación por él pretendida, en la que se vincula la actuación cierta de Dios (Lc 18,8a) con la que espera de sus discípulos (Lc 18,8b). Un final, inesperado, convierte la exhortación a rezar sin desfallecer en grave advertencia: cuando regrese, «¿hallará el Hijo del hombre fe en la tierra?» Puede entreverse en Jesús una cierta preocupación por si la demora de Dios en contestar la petición de los suyos los pudiera desanimar a continuar rezando.³⁸

«¹ Les decía una parábola para enseñarles que es necesario orar siempre, sin desfallecer y no desmayar, diciendo:

“² Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni le importaban los hombres. ³ En aquella ciudad había una viuda que solía ir a decirle: ‘Hazme justicia frente a mi adversario’. ⁴ Por algún tiempo se estuvo negando, pero después se dijo a sí mismo: ‘Aunque ni temo a Dios ni me importan los hombres, ⁵ como esta viuda me está molestando, le voy a hacer justicia, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que siga viniendo a cada momento a importunarme’.

⁶ Y el Señor añadió:

“Fijaos en lo que dice el juez injusto; ⁷ pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos, que claman ante él día y noche?; ¿o les dará largas? ⁸ Os digo que les hará justicia sin tardar. Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?”»

La parábola centra la atención en la actuación de dos personajes. El juez inicuo no representa a Dios, a quien no teme; no imparte justicia a sus conciudadanos, como debería por oficio (cf. Sal 82,3-4). Es un hombre indigno de su cargo, sin ética profesional ni buenos sentimientos siquiera, en las antípodas del ideal de justo. Aunque venga descrito como impio e venal, no se refiere ninguna actuación concreta que justifique tan grave descualificación. Es, curiosamente, en un monólogo que quedará al descubierto su iniquidad; detalle no insignificante, pues él mismo expresa la grave irresponsabilidad de un comportamiento que lo condena.

De la viuda, encarnación viva de la dependencia, desprotegida y expuesta (Éx 22,21-23; Dt 10,18; 24,17; 27,19; Is 1,17; 54,4), no se menciona edad ni se valora su persona. Solo se dice lo que hacía, andaba buscando justicia no venganza; pedía el reconocimiento de sus derechos (cf. Prov 15,25) o la reparación de un agravio (cf.

³⁸ “The fear is that men will give up before they are answered” (I. HOWARD MARSHALL, *The Gospel of Luke. A Commentary on the Greek Text*, The Paternoster Press, Exeter, 1978, 671).

Eccl 35,14-15), y ello por «algún tiempo» (Lc 18,4).³⁹ A la indiferencia del juez reacciona la viuda con su insistencia; no cuante con valedor oficial alguno; su pertinacia es su única arma. Uno «no quería» hacer la justicia que debía; la otra no paraba de pedirla «de continuo», y de forma vibrante, en imperativo: «*hazme justicia*»: no buscaba revancha, solo asegurar sus derechos.

Por fin, el juez se decide a hacer justicia, no por la repetidas súplicas de la viuda ni por sentimientos de piedad (cf. Lev 19,15), sino por su propia conveniencia, por motivos poco honrosos. Alude a la mujer con menosprecio («*esta viuda*», cf. Lc 15,30); le está molestando; lo hastía con constantes quejas, precisamente cuando él quiere vivir tranquilo. Comprende – piensa para sí (Lc 18,5) – que no se librá de ella, de ese volver una y otra vez, hasta que no le haga caso; piensa para sí. Capitula, pero no por una buena razón, sino por no poder aguantar más el agobio que le procura. No teme a la mujer, se rinde ante su impertinente constancia. La perseverancia de la viuda, sus insistentes ruegos, acabó con la desvergüenza del juez.

El narrador que ha subrayado el cambio, y su motivo, en el juez, producido en un soliloquio (cf. Lc 15,17), da la palabra al Señor (cf. Lc 10,1; 16,8), quien advierte a los oyentes: «*oid, prestad atención a lo que dijo*» (Lc 18,6). La reflexión del juez es decisiva para Jesús; en sus palabras los discípulos deben captar el sentido de la parábola: ¡atended y aprended del juez inicuo lo que hará Dios con los suyos! Hay que advertir la paradoja que surge al convertir la reacción del juez, veleidosa e interesada, en revelación, *sub contrario*, de la actuación de un Dios paciente que escucha.⁴⁰ Si un injusto juez – ¿puede ser mayor la contradicción? –, un hombre indigno del poder que ejerce, piensa en ceder ante una viuda inoportuna y molesta, ¡cómo dudar del buen Dios, que socorrerá, de repente, a los suyos, «*sus escogidos*,⁴¹ siempre que clamen a él día y noche». El argumento, de menor a mayor, es evidente: no solo se insiste en la apertura y disponibilidad permanente de Dios de escuchar a sus elegidos, sino también en que éstos se caracterizan por su incesante oración: quien asume depender enteramente de Dios será por él escuchado.

Para no desesperar de Dios en la oración y estar seguros de su intervención, no bastará con «*gritar, clamando*» (Lc 18,7) siempre, día y noche, habrá que saberse sus

³⁹ “Su única arma es su constancia” (JEREMIAS, *Parábolas*, 188). Más que una mujer firme en sus convicciones, en un mundo regido por varones, y veleidosos, la viuda busca no tanto protección cuanto justicia; cf. W. COTTER, “The Parable of the Feisty Widow and the Threatened Judge (Luke 18,1-8)”, *NTS* 51 (2005) 328-343.

⁴⁰ “La elección del juez brutal para ilustrar que Dios está dispuesto a ayudar a la primera llamada tuvo que ser tan sorprendente, que desde el principio se hacían indispensables aquí unas palabras que sirviesen de interpretación” (JEREMIAS, *Parábolas*, 191).

⁴¹ La única vez que Lucas utiliza *eklektoi* (cf. Mt 22,14; 24,22.24.31; Mc 13,20.22.27), un término que en el AT sirve para aludir a una elección para el servicio de Dios (Is 42,1; 43,20; 65,9.15.23; Sal 105,6.43).

⁴² “No se ha de entender esto como si Dios, porque no le molestemos, nos concediese algunas veces lo que pedimos. Que ni Él puede ser afectado de ninguna molestia, ni al contrario, nada puede serle más grato que el que podamos parecer molestos a fuerza de pedirlo” (MALDONADO, *Comentarios*, 738).

«*elegidos*», un título propio de la comunidad cristiana (Rom 16,13; Col 3,12; 1 Clem 49,5). Porque Dios hace justicia a los suyos, si perseveran orando; no se demora, más aún abrevia los días difíciles con tal de ofrecerles salvación (cf. Mc 13,20). Pero la conciencia de haber sido elegidos no puede favorecer pereza o desánimo; exige optar continuamente por el Dios que nos ha elegido. Y esa opción va alimentada por la oración sin tregua. Y si no respondiera inmediatamente o con la rapidez deseada por el orante, es para poner a prueba su paciencia.

Narrando la parábola del juez injusto,⁴³ Jesús no ha querido tanto arraigar en sus oyentes la certeza de ser escuchados, si rezan; les urge, más bien, a no dejar nunca de orar, porque acabarán siendo escuchados y «*pronto*» se les hará justicia.⁴⁴ La satisfacción del orante está asegurada, pero ello no quiere decir que se vaya a ser inmediata. Tendrá que continuar pidiendo, sin desesperar, hasta que sea escuchado: Dios le hará justicia – lo ha asegurado Jesús: «*os lo digo*» (Lc 18,8) – pero se toma su tiempo; «*pronto*» no es inmediatamente.

Dada la sensación de abandono en que vive inmersa la comunidad de Lucas, esperando un Señor que retrasa su venida, ha de esperarlo llamándole día y noche, ha de serle fiel no dejando de orar.⁴⁵ «*La oración del humilde atraviesa las nubes, y no se detiene hasta que alcanza su destino. No desiste hasta que el Altísimo lo atiende*» (Eclo 35,17-18). Su larga espera ha de convertirse en ininterrumpida súplica: el Señor no tardará en responder a quien siempre le ha llamado. Cuanto más tarde el Señor, más tendrán que porfiar sus siervos. Ávida de justicia y socialmente desprotegida (cf. Mc 10,30; Jn 17,14-15; Hech 14,22; Ap 2,13), la comunidad, indefensa pero intrépida como la viuda, ha de permanecer en oración. Orar sin interrupción (Lc 18,1) es el modo de conservar la fe en un mundo hostil (Lc 18,8), donde su Señor está aún por llegar.

Pero la cuestión, el reto auténtico que deben afrontar los discípulos, sigue abierta: ¿hallará el Hijo del hombre (cf. Lc 17,22-37), cuando venga, esa fe viva que mantiene viva la oración? La pregunta de Jesús desliza la atención desde el comportamiento de Dios a la actuación de los elegidos. Y deja ver cierta incertidumbre, lo que confiere mayor gravedad a la advertencia: no será posible la fe a quien no se ejercite siempre en la oración. Orar sin cesar (Lc 18,1) es profesión de fe (Lc 18,8). La pregunta con la que concluye Jesús la parábola da por posible que, por falta de continua oración,

⁴³ El núcleo de la parábola, Lc 18,2-5, podría remontarse “en su sustancia al Jesús histórico... La ironía de la situación, el carácter chocante del juez, cuya decisión tardía sirve sin embargo de ejemplo, la concisión del relato y la simplicidad de la intriga corresponden en efecto a lo que se puede saber de la enseñanza parabólica de Jesús” (F. BOVON, *El evangelio según san Lucas*. III (Lc 15,1-19,27), Sígueme, Salamanca, 2004, 236).

⁴⁴ La pronta reacción de Dios está en neto contraste con la demora del juez en hacer justicia.

⁴⁵ Dirigida a los discípulos, la parábola “está ocasionada por el cuidado y el miedo de los discípulos en vistas de tiempo de miseria que Jesús les anuncia claramente y sin paliativos” (JEREMIAS, *Parábolas*, 192).

fracase una vida de fe y su comunidad no aguante la espera.⁴⁶ Está fuera de duda que Dios acogerá la oración de los suyos; no lo está, en cambio, que los suyos se mantengan en oración hasta que el Señor vuelva. Dios hará justicia, ¿seguirán deseándola los discípulos? Dios es fiel *salvando*, ¿lo esperarán su fieles *orando*?⁴⁷

Meditación

Al encuadrar la parábola de la viuda entre dos frases de Jesús, Lucas indica a sus lectores cómo hemos de comprenderla. La introduce como una explícita invitación a orar ininterrumpidamente. La concluye asegurando que Dios termina siempre por atender a los suyos, pero se pregunta si, a su esperado regreso, el Hijo del hombre hallará semejante fe entre los suyos. La pregunta final trasciende el motivo de la parábola e introduce una preocupación, no por inesperada menos grave: el Jesús lucano no parece estar muy convencido de que sus elegidos logren esperarlo mientras oran sin cesar. La cuestión, que ha quedado sin réplica en el texto, demanda una contestación. Toca a quienes la escuchamos, aquí ahora, ensayar nuestra propia respuesta.

Se capta fácilmente el sentido de la parábola del juez y la viuda, aunque esté desprovista de aplicación final. Jesús la narra para motivar a sus discípulos, que han vivir deseando ver el día del Hijo del hombre (Lc 17,22.24.30) sin enfrascarse en más actividades (Lc 17,27-28) que una vida de oración, no ya muy frecuente sino siempre mantenida. Concisa, la narración está bien lograda. Imagina dos actuaciones contrapuestas: la del juez al que no le preocupa hacer justicia y la de una viuda que la exige tenazmente. Ninguneada por quien la ‘debe’ atender, lejos de amilanarse aumenta su presión hasta acabar con la resistencia del juez, quien, inicuo, no reniega de su maldad, simplemente se rinde ante la viuda impertinente para librarse de ella.

Jesús da a entender que no haber obtenido lo que se necesita no es razón para dejar de exigirlo. Quien ora sin alcanzar lo que pide ha de seguir pidiendo hasta que Dios se lo conceda. Que no lo dé inmediatamente no significa que nos lo niegue; quiere decir que espera que le sigamos insistiendo, molestando incluso, para alcanzar lo deseado. Porque no lo molesta ser importunado; lo que, de verdad, le incomoda es que no lo agobemos con nuestras peticiones.

Si no estuviera dispuesto a concedernos lo que repetidas veces le pedimos, no nos hubiera exhortado a perseverar. Y es que la oración no es eficaz cuando consigue de

⁴⁶ “Luke at this point in his travel account thus depicts Jesus recommending persistent prayer to God as a mode of Christian life (especially in the Period of the Church under stress) – not only a persistent prayer, but a faith-inspired prayer” (FITZMYER, *Luke (X-XXIV)*, 1177).

⁴⁷ “Por parte de Dios no queda que los que oren con fe sean librados, lo contrario se ha de achacar a falta de los mismos hombres, que no oran con la fe que deben orar” (MALDONADO, *Comentarios. II*, 741).

Dios los dones que pedimos, sino siempre que convierta a los que oramos en rezadores que no se cansan. Si se demora en responder, no es porque no nos haya escuchado; es porque desea mantenerse en conversación con nosotros. Si no tenemos otra razón para acudir a él que pedirle su intervención, probablemente la demorará para que, deseándola nosotros más, nos percatemos de nuestra miseria y nos hundamos en su misericordia. Podría, incluso, parecernos cruel, pero no es más que la prueba de cuánto nos quiere. Como no lo frecuentamos a menudo para agradecerle los bienes ya concedidos, aprovecha, entonces, que lo necesitamos y desea prologar la convivencia con nosotros.

Puede aparentar a veces que no nos presta mucha atención; el hecho es que nos despacha sin contemplaciones. Y para quedarse más tiempo con nosotros, retrasa concedernos lo que le pedimos. Cuando nos conceda lo que pedimos, tras haber retrasado la entrega, nos daremos cuenta de que lo que recibimos es puro don suyo. Nuestras necesidades nos atan a nuestro Benefactor, que es lo que de verdad le ilusiona ser. Demora contestarnos para provocarnos a que sigamos pidiendo y, también, para que enseñarnos a aceptar sus 'tiempos' y su modo de ser nuestro Señor.

Dios tiene, además, otra buena razón para no responder inmediatamente a nuestras plegarias. El es el Señor. No está ahí para realizar nuestros deseos y colmar nuestras expectativas. Ni siquiera las mejores. Convertimos, con harta frecuencia, nuestra relación con Dios en un interesado negocio: le concedemos un poco de nuestro precioso tiempo, para que él nos otorgue todo lo que pedimos..., y en el acto. No aguantamos demoras, nosotros, a quienes pasar la vida junto a él tendría que ser la mejor de las recompensas. Cuando no está su Señor, el buen siervo lo espera anhelante. Y cuando lo tiene, goza en su presencia. Sea que, orando, lo aguarden, sea que, dialogando, lo disfruten, los siervos no cesan de buscar que se les haga justicia.

Discípulos cansados de esperar a su Señor, que no llega y ni se sabe siquiera cuándo lo hará, se pueden sentir de él abandonados. Corren el peligro de desfallecer, abandonar la oración y dejar de serle fieles. Lo sabe muy bien Jesús, quien afrontando el desánimo de los suyos, promete una pronta intervención. Es en esa promesa que la comunidad creyente puede apoyar sus esfuerzos de fidelidad. Pero Jesús se pregunta, con no poca eficacia dramática, si hallará, cuando regrese, esa fe que se expresa en una vida constante de oración, sin dudas ni desmayos. Para quien aún anda a la espera de su Señor, la oración es la baza, si no única sí decisiva para conservarse fiel (Lc 18,1-8; Hch 1,14-24; 6,6; 8,15; 10,9; 13,3): orar es el modo cristiano de esperar al Señor, hasta que venga (Lc 17,30).

Con la inesperada pregunta que concluye la exhortación a orar sin desfallecer, Jesús ha reinterpretado profundamente la parábola: ya no se trata tanto de pedir hasta que nos sea dado cuanto de preguntarse si cuando él regrese nos encontrará rezando. Orar sin desfallecer es la manera de mantenerse fiel al Señor que está por venir. Su ausencia es soportable solo a quien no deja de conversar con él. ¿No será que por no echarle de menos, no sentimos necesidad de orar siempre? Por no vivir esperándolo,

nos eximimos de rogarle... y de permanecerle fieles. En el fondo, orar ininterrumpidamente es creer en quien no vemos, pero cuya cercanía presentimos solo si con él conversamos.

La búsqueda continua de la justicia no asegura, pues, la fidelidad que se espera del siervo: no se puede ser creyente a la larga sin mantenerse en constante oración. Esperarlo es la fidelidad que se alimenta de oración: quien no cese de orar no dejará de esperar; quien espera a su Señor, le será fiel hasta en su ausencia. Está por venir el Señor, ¿nos encontrará esperándolo? Dejar de rezar por pensar que Dios no lo escucha es perder sus dones y nuestra fe. No hace falta negar a Dios para dejar de creer; bastará dejar de orar para dar por muerto al ausente. Si para rezar es preciso creer, para conservar la fe es imprescindible rezar.

Oración

No entiendo muy bien, Señor, que insistas en que he de rezar sin desfallecer, si, y precisamente cuando, obtengo tan poco de mi vida de oración, o no lo tengo tan rápidamente como esperaría y necesito. ¿A qué me sirve seguir rezando, si no me concedes lo que te pido? ¿No te parece lógico que abandone una conversación con quien no parece interesado en continuarla, contigo, cuando no respondes a mis demandas? Tendría que resultarte natural que te deje si me siento solo y desatendido.

No me explico que quieras que te repita continuamente mi necesidad, si tú la conoces tan bien, antes incluso de que te la manifieste. ¿A qué sirve rezar tanto, si consigo tan poco? ¿Por qué te empeñas en que no que no cese de orar, si tengo claro que tu has cesado de concederme lo que necesito? Se me vuelve agotador, la verdad, pedir sin recibir inmediatamente; ¡tan poco puede mi plegaria que he de repetírtela continuamente!. ¿Quieres, quizá, que me sienta siempre necesitado para tenerme siempre a tu lado, reconociendo mi miseria e implorando tu misericordia? ¿O es que necesitas de mi pobreza para ejercer tu poder?

Sospecho que algo me quieres enseñar, Padre, cuando no respondes enseguida a mis súplicas. Demoras tu respuesta no porque no me quieras atender; más bien, deseas que te siga rogando sin parar para que no me aleja de ti. Mientras me tengas orando, me tienes cerca. Y eso, sin duda, te complace. Mientras te siga hablando, me conocerás mejor, íntimamente. ¿Es ese el provecho que sacas de mi vida de oración? Me atas a ti, no dándome lo que te pido.

Quizá quieras, también, hacer conocer mejor mi pobreza, a base de reiterarte la necesidad que tengo de ti. Que acepte no poder vivir con cierta suficiencia, si me faltas Tú. En mis necesidades conocidas tendría que reconocer mi radical necesidad de ti. No me concedas, Señor, lo que te tanto me urge, para que no me libere de ti. Que siga sintiéndome pobre para que Tú sigas siendo mi benefactor.

Imagino, además, que tienes otra razón, más secreta, que te lleva a retrasar tu respuesta cuando más incesante es mi petición. Quieres convertirme en orante que se somete, como tu Hijo, a tu voluntad. Que deje de sentirme señor de la tuya. Cuando te pido algo y guardas silencio, me siento tan defraudado que dejo de orar y tu compañía. ¿De qué me sirve un Dios que no me sirve... inmediatamente? No me doy siquiera cuenta, pero con mi disgusto por no haber sido atendido me estoy comportando como el señor desobedecido por su siervo. No te lo puedes permitir, lo entiendo, Señor. Y por eso no satisfaces el deseo de quien desiste de pedir porque no se le da, todo y enseguida, lo que desea. Lo reconozco y te pido, ahora, solo perdón. Por maltratarte con mi vida de oración, cuando pretendo ponerte a mi servicio. Y por haberla abandonado, cuando te demoraste en responderme.

Me impresiona, y mucho, que te hayas preguntado, que no estés seguro de si, cuando regreses, encontrarás entre los tuyos discípulos que se la pasan rezando. Y me sorprende aún más que consideres la permanente oración como fidelidad mantenida. ¿Entiendes la oración que surge de la sensación de no tenerte como fe confesada? ¿Por qué temes no hallarnos rezando cuando nos visites? Puesto no sabemos a ciencia cierta cuándo has de venir, ¿tendremos que estar siempre rezando, siempre que no te tengamos? ¿Por qué estimas tan decisivo orar, precisamente si tú estás por venir?

Haz, Señor, que rece sin cansarme, aunque no me siente atendido; que siga orando sin detenerme, hasta que Tú vuelvas. Deseo tanto que me encuentres orando cuando vengas. Te prometo que te esperaré rezando; orar va ser la ocupación de mi vida. No lo dudes: quiero esperarte, porque me faltas; deseo que me encuentres, orando, para que no vengas de balde.

🎯 El anaquel

La paternidad y la maternidad superan lo biológico

Félix Loizaga⁴⁸

Un padre y una madre (y cualquier persona que ejerce tareas de paternidad / maternidad o simplemente educación) debe emplear como método educativo el buen trato. Se trata de un estilo positivo de acercarse a los otros basado en el respeto y el cuidado afectivo/emocional. Es como una suave y continúa lluvia (en el País Vasco lo llaman xirimiri) que ayuda a crecer, a desarrollarse y finalmente florecer, producir buenos frutos... Cada adulto tiene un modelo de referencia que ha sido con el que le han educado. Ese modelo empleado por sus familias no tiene por qué ser el definitivo, pero no cabe la menor duda que aquello que hicieron con nosotros es un referente (para bien o para mal) en la educación de nuestros hijos.

Los estilos de educar para ser positivos y adecuados (que es lo esperado por cualquier menor a lo largo de su infancia) deben cumplir una serie de requisitos. Entre ellos está la permanencia en el tiempo de la figura que educa (un padre o madre debe ser lo más permanente en la vida de un menor). Además los comportamientos de quienes educan deben ser predecibles (es decir, el niño intuye precisamente por la permanencia a lo largo de años de sus cuidadores, cómo se comportará su mamá si por ejemplo no quiere comer, si le pide a su papá que le lleve a dormir o si solicita jugar un rato con ambos). Educar es por tanto una tarea compleja, que requiere madurez de quién lo hace y que durará muchos años. No vale hoy sí y mañana no. Los cambios bruscos de familias no ayudan a comprenderse a uno mismo. Los mamíferos sociales y por supuesto los humanos -en todas las culturas- reciben de sus familias fuertes dosis de tiempo donde se producen cuidados y buenos tratos (en algunos casos desgraciadamente malos). El objetivo final es favorecer la sensación

⁴⁸ Félix Loizaga es profesor en la Facultad de Psicología y Educación de la Universidad de Deusto de Bilbao, y experto en temas de Familia, Infancia y Adopción. El autor está realizando un informe que tiene como objetivo el estudio de la familia y sus relaciones. Puede pinchar aquí si quiere participar: <http://vinculosadultos.blogspot.com.es/>. Artículo publicado en http://www.abc.es/familia/padres-hijos/abci-capacita-incapacita-para-madre-o-padre-201609191748_noticia.html

de bienestar y ayudar a encontrar la felicidad a ese hijo, a esa persona. Objetivos a los que todos tenemos derecho, incluidos los niños.

El buen trato no es nada más y nada menos que cuidar adecuadamente a otra persona para que desarrolle plenamente su salud. En este caso se trataría de cuidar a una persona menor (indefensa, inmadura, sin posibilidades de cuidarse a sí misma y necesitada al menos de cuidados básicos físicos y emocionales). El desarrollo debe tener como meta que ese niño, niña o adolescente pueda vivir de manera autónoma y tenga una buena salud (la Organización Mundial de la Salud OMS la define como el bienestar físico, psicológico y social). Por eso toda persona que ejerce parentalidad debe garantizar la salud de quienes trae a este mundo (me refiero ahora a su madre y padre biológico). Pero también tienen obligaciones con esa salud sus respectivas familias extensas (abuelos, tíos...) que deben integrar a los menores nacidos en sus familias como parte de su clan, de sus vidas y de sus actividades...

Para que puedan llegar a desarrollarse emocionalmente los niños necesitan sentirse integrados dentro de sus clanes extensos familiares. El buen trato debería ejercerse en la práctica con cuidados básicos, con cuidados emocionales y con límites. El buen trato tiene por tanto un nivel básico que todo adulto que ejerce paternidad (o maternidad) tiene que desarrollar. Es obligatorio que lo ejerza para evitar la negligencia. Entre las cuestiones más básicas que las familias deben hacer con los hijos estarían: a) preparar una alimentación adecuada que permita un crecimiento físico saludable en la infancia y adolescencia b) marcar las pautas – tiempos del sueño que aseguran un descanso profundo c) guiar el aprendizaje del control de esfínteres hacia los dos o tres años d) cuidar ante la enfermedad y/o accidentes que en ocasiones llegan a ser hasta imprevistos e) tener presencia en la vida cotidiana acompañando un buen número de horas a sus hijos, especialmente cuando los niños son aún pequeños f) favorecer una ética que potencie el bien hacia los demás y hacia uno mismo.

¿Qué ocurre? Que algunas personas que se llaman madres o padres no pueden ejercer estos cuidados básicos. En ocasiones tampoco sus familias extensas. Estas familias deberían entender que cuando no pueden desarrollar estos cuidados básicos por su propia situación personal (por ejemplo la enfermedad, la propia inmadurez emocional, su incapacidad para educar o sencillamente su rechazo hacia ese menor nacido), deberían delegar o ceder a sus menores en primer lugar a sus propias familias extensas (que pueden aceptar o rechazar el cuidado) o bien y en segundo lugar a otras personas que verdaderamente pueden ocuparse adecuadamente de ese menor.

En un Estado de Derecho, como no puede ser de otra manera, las leyes regulan el movimiento de niños (por ejemplo los acogimientos, la pre-adopción o la adopción) con la búsqueda de personas que puedan responsabilizarse de la manera más permanente posible y que puedan ofrecer una parentalidad positiva, con la mayores garantías.

Obsérvese que en el nivel anterior no se habla de cuidados emocionales. Pero quien está leyendo este artículo debe saber que las investigaciones actuales en neuropsicología ya han demostrado que los buenos cuidados emocionales en la infancia y adolescencia (hablar, acompañar, calmar, jugar, pensar, querer, acariciar o abrazar) son las acciones que favorecen el desarrollo adecuado de estructuras físicas importantes como por ejemplo el cerebro del niño (es decir los cuidados emocionales afectan al menos a la biología cerebral, especialmente durante el embarazo y los primeros años de vida). Muchas personas creen que el desarrollo de los hijos e hijas comienza cuando ven la luz en este mundo (cuando se da a luz una criatura). Esto es erróneo.

La capacidad de un adulto para limitar es indispensable para el buen desarrollo de un menor. Limitarse a uno mismo/a es parte del aprendizaje humano. Puesto que todos los mamíferos, incluidas las personas, tienden a actuar-conseguir-vivir aquello que les apetece, desean o gustan, un padre y una madre (y cualquier educador o educadora) deben desarrollar buenas prácticas para limitar, acotar, contener (reprimir) y organizar la conducta (o la mente) de sus menores sin dejar de potenciar su personalidad, sus valores y su creatividad.

Vivimos en una cultura donde las familias son muy diversas. Actualmente muchas personas transitan de unas familias a otras. Cambian de hogar, de cama, de mesa para comer o cenar... o de personas de referencia. Por ejemplo los hijos de personas separadas y/o divorciadas suelen vivir todo esto. También las personas que han sido adoptadas (muchas de estas personas han transitado entre las familias biológicas, educadoras de centros de menores y familias acogedoras o preadoptivas, para ser finalmente adoptados). Pero todas estas familias que se han ido nombrando - biológicas, separadas, divorciadas, reconstituidas, preadoptivas, acogedoras, de urgencia, educadoras en centros de acogida y prácticamente todas sus respectivas familias extensas – tienen la obligación de proporcionar buen trato a los niños y niñas que pertenecen a su grupo, a su clan. Todos estos menores son parte de sus vidas y merecen ser bien tratados para conseguir un buen desarrollo físico y psicoafectivo.

Buen modelo de familia

Una familia formada por un padre o una madre (biológicos) puede ser cuando hay buen trato un buen modelo de familia. Pero no tiene necesariamente que ser el mejor estilo de familia, ni mucho menos. Un buen modelo de familia es aquél que ofrece buen trato global: a) buenos cuidados básicos b) buenos cuidados emocionales – psicoafectivos y c) saben situar los límites en las acciones de los menores. Podemos imaginar que no toda la población de nuestros países (los de marca occidental) llegaría a estar aprobada (es decir llegar al menos a un cinco en cada uno de los tres apartados que hemos nombrado). Sería mejor incluso un notable, que será aún más difícil de conseguir... El sobresaliente quedaría para muy pocos padres que,

además de cumplir los buenos tratos, deberían conseguir no hacer depender emocionalmente a sus hijos (algo nada fácil) ayudándoles a desarrollar su libertad.

Como ya dijeron muchos de los expertos en educación o psicología, ser padre o madre es prácticamente lo más difícil que existe en el mundo. Y nadie lo sabe de verdad hasta que se convierte de repente en ello. El lector, a esta altura del texto, ya se habrá dado cuenta que quién no puede ejercer el buen trato (al menos con un aprobado global) no debería haber ejercido la paternidad o la maternidad. Desde luego, aún menos, cuando el buen trato es prácticamente inexistente, los cuidados básicos no se ejercen y la madurez de quién es padre - madre suele estar netamente deteriorada. Es el Estado - la sociedad (las Comunidades Autónomas y sus departamentos de Familia e Infancia con sus técnicos) quien debe ordenar - organizar en esta falta de madurez familiar, con la intención de asegurar el buen trato a quién de verdad se lo merece (el niño que ha venido al mundo se lo merece).

Pero lo cierto es que cuando alguien tiene un hijo biológica y no se encuentra con la madurez para ofrecer buen trato en los diferentes niveles, raramente reconoce su debilidad o discapacidad para ceder - delegar a otras personas adecuadas el cuidado principal (es decir para que otros proporcionen por ellos buenos tratos) de ese hijo. Sin embargo esto es lo que debería ocurrir. Todo niño (en realidad toda persona) está necesitada de cuidados básicos de calidad, de cuidados emocionales y de límites. Si realmente quisiéramos de verdad a nuestros hijos y nos sintiéramos sin capacidad para dar buen trato (o las personas técnicas por consenso lo verían de esta manera) deberíamos ceder a esos menores a personas que puedan ejercer esa paternidad (o maternidad) de manera adecuada. Y además si decidimos volver a acercarnos a ellos (a las familias que han cuidado de esos menores) deberíamos sentir un profundo respeto por haber desarrollado estas (las familias que ha proporcionado buen trato) un cuidado a ese menor durante años.

El padre o la madre número 1, es quién de verdad ha desarrollado la paternidad o la maternidad ejerciendo sobre nosotros el buen trato con permanencia en el tiempo: durante años y con calidad. El resto de padres o madres que hemos tenido deben ser tenidos en cuenta (aportaron la vida, la existencia) al menos en nuestra mente. Estas personas (las que dieron la biología al menor pero no los cuidados) serían en el mejor de los casos las familias secundarias.

Quién no ofrece apoyo emocional y cuidados básicos quizá no merecería ser llamado padre o madre número 1. Este planteamiento supera por tanto los lazos de consanguinidad. En realidad la pareja de una persona divorciada que se ocupa con afecto y cariño de quién no es su hijo biológico; la familia acogedora o adoptante que apuesta de por vida por sus hijos adoptados; o incluso quienes educan desde pisos, colegios o residencias para menores pueden ser el mejor ejemplo de parentalidad, si lo ejercen valorando y diferenciando a cada niño, con la atención suficiente y con buen trato. Esto es además lo que casi siempre suele ocurrir en los casos nombrados.

Voy finalizando queriendo recordar al lector que vienen tiempos donde las familias no serán lo que siempre han sido. Y no tienen que ser peores. Todos hemos querido tener familias de cine con celebraciones de Navidad de cuento. Pero tener varias familias, si de verdad son positivas, es en el fondo un enriquecimiento. Los poderes del Estado deben tomar conciencia de ello. Y quienes legislan y quienes gobiernan deben incluir en sus programas y en sus acciones una Educación Básica sobre la Parentalidad Positiva. Y quienes juzgan deberían entender el Interés Superior del Niño por encima de las biología. Precisamente debido a que la paternidad y la maternidad superan lo biológico.

Todos debemos asumir que las personas menores que transitan por nuestras vidas son parte de nuestras responsabilidades. Tenemos la obligación ética de ejercer cuidados positivos sobre ellos. Sobre todo porque se merecen ese buen trato, para llegar a ser personas en plenitud. Mis hijos serán siempre mis hijos (si realmente lo he merecido por ofrecerles buenos cuidados). Los hijos de mi pareja serán parte de mi vida mientras estén junto a mí, pues también necesitan de esa nueva paternidad y maternidad en la que pasan tanto tiempo. Y la adopción sigue siendo la mejor manera de desarrollar a un menor cuando las familias biológicas no pueden ejercerla.

Debemos también estar contentos por contar entre nosotros con profesionales, técnicos y profesorado que se encuentran cada vez más concienciados con la Infancia y Adolescencia; que se convierten en ocasiones en casi verdaderos padres y madres. Trabajemos para que solo ejerzan la paternidad y la maternidad responsable quienes de verdad alcancen al menos el aprobado global y quienes sean capaces de dar un buen trato de manera permanente a lo largo del tiempo.



La levedad de los días

8 de febrero de 2017

Un paseo condicionado

Hoy los viajes van por dentro. El paseo matinal ha cambiado su rumbo y, en lugar de describir el paisaje humano de la ciudad, ha virado hacia el interior para descubrir que nada hay más íntimo para la persona que nosotros mismos.

Me cuentas la reacción de tu médica de cabecera cuando le has dejado leer aquel artículo que titulamos: "El traje de la elegancia y del buen gusto". Que casi se emocionó y que, levantándose de su asiento, te dio un abrazo equivalente a un "traje" de esos que no se venden en los grandes almacenes. Dices que había entendido aquello de que el médico cura más por el trato que por el tratamiento, que niños y perros siguen a quien les hace caricias o que ningún argumento supera las razones de un beso. Y llegas a la conclusión de que la vida es más caricia y abrazo que palabra y razonamiento, que el corazón posee razones que ignora la cabeza, que somos corazón a pesar de nuestro disimulo diario. Tememos que llevar el corazón al aire nos produzca una congestión vital o una alergia que nos deje agónicos para el resto de los días. Dices que estás aprendiendo, a tus años, a dejar que trasluzca, en lo que dices y haces, tu corazón. Y lo celebramos regalándonos mutuamente un "traje" en esta fría mañana de febrero.

Y tú me cuentas y yo te cuento. La reunión se hizo tensa cuando empezamos a hablar de cuestiones personales. Al no tener espacio físico para entablar diálogo, se había encerrado en su mundo, consciente de que se le había usurpado el lugar para el encuentro. Como si el encuentro entre personas necesitara más espacio que el que va del corazón hasta el abrazo. Si tuviera su propio lugar, se encontraría con la gente: "Dame una ubicación y vendrán las multitudes en mi búsqueda". Yo me rebelo contra esta forma de vida que confunde encuentro con espacio: los encuentros así concebidos me suenan a desencuentros programados, porque, en esos sitios habilitados, se han suprimido los sentimientos y en esos lugares se cortan otros "trajes". Estoy un poco desconcertado. Te lo diría si no me negases la voz, el ademán y la mirada. ¡Cómo me gustaría regalarte un "traje"!, pero me temo que no estemos ahora para este tipo de regalos. Como mucho te podré regalar un espacio, que voy a tratar de buscar aunque tenga que prescindir del mío que cada vez me va a hacer menos falta.

El problema se ha transformado en una obsesión, por lo que el paseo que hemos emprendido no llega a ninguna parte, porque alguien desea ignorar el camino, todos los caminos. Hoy la niebla y el frío me han llegado al alma, produciéndome arritmias preocupantes. Mi corazón necesita con urgencia un nuevo "traje".

Isidro Lozano⁴⁹

⁴⁹ Texto inédito para Forum.com.

¡Somos Familia!

Cada hogar,
escuela de
Vida y Amor

AGUINALDO 2017

Del Rector Mayor
P. Ángel Fernández Artime

